

EL LIBRO DEL HORIZONTE

JUAN MANUEL LÓPEZ





Doctor en Educación
Alfredo Barrera Baca
Rector

Maestro en Estudios Urbanos y Regionales
Marco Antonio Luna Pichardo
Secretario de Docencia

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Secretario de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Humanidades
Juvenal Vargas Muñoz
Secretario de Rectoría

Doctor en Artes
José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

Doctora en Educación
Sandra Chávez Marín
Secretaria de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación
Octavio Crisóforo Bernal Ramos
Secretario de Finanzas

Maestro en Diseño
Juan Miguel Reyes Viurquez
Secretario de Administración

Doctor en Ciencias Computacionales
José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

Maestra en Lingüística Aplicada
María del Pilar Ampudia García
Secretaria de Cooperación Internacional

Doctora en Diseño
Monica Marina Mondragón Ixtlahuac
Secretaria de Cultura Física y Deporte

Doctor en Ciencias Sociales
Luis Raúl Ortiz Ramírez
Abogado General

Maestro en Economía
Javier González Martínez
Secretario Técnico de la Rectoría

Maestro en Promoción y Desarrollo Cultural
Gastón Pedraza Muñoz
Director General de Comunicación Universitaria

Maestra en Administración Pública
Guadalupe Ofelia Santamaría González
*Directora General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales*

Maestro en Derecho Fiscal
Jorge Rogelio Zenteno Domínguez
Encargado del Despacho de la Contraloría Universitaria

EL LIBRO DEL HORIZONTE

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Educación
Alfredo Barrera Baca
Rector

Doctor en Artes
José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge E. Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

14° Premio Internacional de Poesía
“Gilberto Owen Estrada” 2020

Jurado

Silvia Pratt Navarro, México
Eva Castañeda Barrera, México
Odette Alonso Yodú, México

JUAN MANUEL LÓPEZ

EL LIBRO DEL HORIZONTE



Universidad Autónoma del Estado de México

“2020, Año del 25 Aniversario de los Estudios de Doctorado en la UAEM”

PQ
7298.22
.O74
L52
2020

López, Juan Manuel.
El libro del horizonte / Eduardo Andrés Sandoval Forero, Juan Gabino González Becerril, Cesar Ignacio Cruz Isla y Rodrigo Aguilar Zepeda -- [1ª ed -- Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma del Estado de México, 2020.]
[132 p.]

ISBN: 978-607-633-202-3

Primera edición, septiembre 2020

El libro del horizonte

Juan Manuel López

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel. (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-
No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Puede ser utilizada con fines
educativos, informativos o culturales, ya que permite sólo descargar las obras y
compartirlas con otros siempre y cuando se dé crédito al autor, pero la información
no puede cambiarse de ninguna manera ni ser usada de manera comercial.
Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-202-3

Hecho en México

Editor responsable: Jorge E. Robles Alvarez
Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras
Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis
Corrección de estilo: Silvia Martínez García
Formación: Ángel Esquivel López
Diseño de portada: Luis Maldonado Barraza



Contenido

PRESENTACIÓN	11
--------------	----

PRIMER TIEMPO

Prólogo	17
Cumpleaños	18
La infancia perdida	19
Caballero de París	22
Cementerio	24
Yo soy otro	25
Mutaciones del lobo	26
Paradoja de la relatividad	28
Espejismo de un árbol	29
Sitio de fe	30
Espada y cabeza	31
Reflexiones del miedoso	32
Milonga del ciego	34
Fábula de la mujer del carnicero	35
Cuerpos del verano	36

Conspiración a la sombra del escriba	38
Entre el poeta y la locura	40
Elegía por Oppiano Licario	42
Escrito bajo las luces	45
Fin de siglo	48
En el teatro del hombre	50
Lamentaciones del escriba	52

SEGUNDO TIEMPO

Sin aroma ni espinas	57
Vanidad	58
Naturaleza muerta con hormigas	59
Miseria de un Matisse	60
Epitafio de un amor que fue mío	61
Escandaloso reino	62
Un mal sueño	63
Última canción	64
Carne de madrigal	65
Más allá del paisaje	66
Tres versiones para una rosa	67
Mientras pasa el letargo	69
Elogio de la certeza	70
El adiós	71
Círculos	72
Carne del solo	73

Ciclo	75
Este divino silencio	76
La señal	77
Parábola del sembrador y las ratas	78
El otro	79
Ser	80
Cementerio judío de Prada	81
Libro de nieve	82
Dentro de la serpiente	83
Extrañeza de estar acompañado	84
Noche de San Juan	85
Paisaje de los nadies	87
Es el día de hoy	90
Carrusel	92

TERCER TIEMPO

Las islas	95
El viajero	96
Por el camino norte	97
Copenhague	99
Los fantasmas	101
No todos los caminos	103
Las mujeres del contrabando	105
Caballos sobre estandartes	107
Flores bajo el agua	109

La casa y los salmos	113
Dibujo	117
Inscripciones sobre los espejos	118
Escrito en un muro de prisión	120
Sueño de una noche	122
El alucinado	124
Los hermanos	127
Tabla de salvación	129
Final	132

PRESENTACIÓN

El Premio Internacional de Poesía “Gilberto Owen Estrada” ha logrado convocar centenas de poetas de diversos países latinoamericanos en cada una de sus catorce ediciones. De este modo, la Universidad Autónoma del Estado de México honra la memoria de uno de los más emblemáticos autores del grupo literario Contemporáneos y célebre egresado del Instituto Científico y Literario de Toluca, al tiempo que difunde el goce de la palabra poética entre nuestra comunidad universitaria y las comunidades lectoras y escritoras de la gran patria hispanohablante.

En esta edición, el jurado del certamen fue integrado por Odette Alonso, Eva Castañeda y Silvia Pratt, poetas que advirtieron en *El libro del horizonte* una escritura cadenciosa, la cual entreteje el registro de un viaje por la memoria del yo lírico,

cuyo ejercicio elocutivo transfigura momentos aparentemente triviales en episodios de lograda belleza.

Esperamos que esta obra atraiga hispanohablantes de todas las latitudes y que suscite experiencias estéticas renovadas en cada lectura.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctor en Educación
ALFREDO BARRERA BACA
Rector

*Necesito escribir ciñéndome a una raya
sobre el libro del horizonte.*

EUGENIO MONTEJO

PRIMER TIEMPO

PRÓLOGO

Las palabras pueden ser barajas sucias, pero también dagas, perfectas para tatuar cruces sobre la carne de sus mercaderes. Como dagas son las palabras del escriba: pueden cortar el mundo en dos mitades, así de sencillo como si el mundo fuese una naranja; con la misma ligereza de segar los dedos del que escribe y miente.

CUMPLEAÑOS

Estos no son los días de preguntar qué hemos hecho con nuestras vidas, pero sí de avergonzarnos.

Tengo 50 años y escribo sobre mí siempre lo mismo, confieso que todos mis poemas se repiten. Tengo 50 años y tiendo al sol mis máscaras como navajas rutilantes.

Una mujer vino y trazó una rosa en mi pecho, un sello de muerte sobre el corazón de un niño. Una mujer tendió su puente entre el cielo y la patria, entre las manos de la madre y las ropas de otoño. Una mujer vino y tatuó sobre mi pecho una rosa negra y dijo: “Háganse los animales de la luz”. Y fue bueno.

Tengo 50 años y nunca fui el hijo predilecto, nunca tuve un amigo para sembrar juntos un cerezo, ni una novia para contaminar con mis frustraciones. Siempre fui el amigo y la novia de mí mismo.

Pero estos no son los días de preguntar qué tiene de extraordinaria una vida que no duele; de qué lado está la certera dimensión de la verdad.

LA INFANCIA PERDIDA

La isla del regente en un largo verano. La isla en un agosto para cruzar el mar y sacar del agua peces de plata, botellas que bogan con cartas donde las primas se despiden de la isla y de un niño que grita sus nombres.

Al niño le fue puesta una espada en una mano y en la otra la cabeza de un ángel decapitado por la barbarie. Al niño lo han vestido de marino para el adiós y lavado de golpes los ojos con agua salada. “Mirad, este es el mar de las delicias”, le dijeron, y detrás del mar dibujaron un camino de piedras hasta una casa con chimenea, su humareda blanquísima se perdía en un trigal.

Se fueron mis primas con nombres de estrellas, las de nunca volver. Soy el niño bajo un largo verano. El niño sin más riquezas que haber tenido libros y un árbol para echarse a llorar bajo su sombra. Bajo el árbol siempre hubo una mano para aquilatar mi soledad. Bajo la sombra del árbol mi padre fundó su gobierno de horcas y columpios.

Heme aquí, un poeta entre pavos reales; heme sentado al pie del árbol en la espera del sueño, un sueño undoso como el mar de mi infancia, donde revelar que todas las muertes son posibles. Heme aquí al pie del árbol, carente y llorando como un niño que no quiere ser un niño.

Cartas del regente en un largo verano. Cartas escritas con la sangre de un hombre; escritas con dolor por un náufrago y para sí mismo, donde justifica su estar solo en una isla sin luz, sin pan, sin mandamientos. Soy el niño, el náufrago y la isla en la sangre del cuchillo del regente. Cuán nadie el hombre que hace a otros poner las manos al fuego con mentiras. Cuán polvo el hombre que vive creyéndose una isla contra el mundo. Cuán límpido y profundo el lago donde lavar la parte podrida de nuestra inocencia.

Yo fabricaba barcos que el sol quemaba. Un estanque sin peces fue toda mi niñez, un estanque tan sereno como los ojos de mi madre. La mentira creciendo en las barbas del padre, infame como el musgo en el armario donde inútilmente intentaron encerrar mi cabeza. La mentira y yo creciendo a la luz de lo trascendente. La casa abierta para los que nunca volverán. Sobre el puente puso el niño a rodar su corazón, bajo el puente cruzaba el río de la ignorancia; de sus aguas bebían mis tres yoes (y esto hacía muy feliz a mi madre que era una mujer santa y sabia), porque todo conocimiento nos acerca al dolor.

No recuerdo haber tenido amigos cuando niño, solo un jardín donde me echaba a aplastar hormigas y en primavera crecía una rosa blanca entre flores que recuerdan el perfume de los sepulcros. Yo era la rosa blanca. Era la estatua semejante a un

dios sin brazos, y pensaba en los hombres como hormigas mientras jugaba a aplastarlas con mi dedo de César. Pero lo de César fue solo un juego de niño. Dime, oh madre, acaso se quemaron los tronos, las naves que nunca han zarpado para mí.

CABALLERO DE PARÍS

Era invierno cuando usted moría y yo era carne de ciudad en los lunarios. Otro loco dentro de mí echaba a andar entre parábolas, ciego bajo las nubes podridas de un invierno, sordo entre las sirenas del progreso.

Canta una mujer para mi muerte de mañana, canta en los salones de mis huidizos enemigos, de mis hermanos hambrientos. Tú cantabas para mí la canción de los suicidas, yo cantaré para otros que vendrán mañana.

He agotado mi vida en la locura: *el sueño de la razón produce monstruos*. He gastado mi vida en el olvido danzando con los ebrios, los feos y los solos, y he sido todos ellos. He sido como usted: un prófugo cruzando las fronteras por el punto mismo donde creíamos que comenzaba el mundo.

Mi querido Caballero, como un alucinado me acomodé sobre el Malecón y vi perderse un barco sin bandera en la gravedad de las noches de invierno. Como un alucinado me eché a olvidar

el hambre de mis días, los silencios que he tenido que pagar en una ciudad que veremos arder entre las manos de Dios.

CEMENTERIO

Echado sobre flores que han perdido su aroma, hablo con Miguel Bécquer de los arrozales y de un tal Borges, ciego como un león ciego.

Ahora mi dedo traza una rosa de sangre, ahora mi dedo traza un sol casi infantil entre álamos que arden.

Aquí el olvido es un círculo de cruces que serán borradas por la grisura del polvo.

Sea la muerte un buen camino entre flores secas, un dedo que traza una rosa y un sol como el caprichoso dibujo de un niño.

YO SOY OTRO

Cómo seguir siendo yo, y ser el otro que se duele por caer en desoído, que escribe con la sangre derramada.

Cómo seguir siendo yo, y ser el otro que corre como un galgo hacia el olvido, sin dejar de ser el vidente de la tribu.

MUTACIONES DEL LOBO

La verdad suele estar en las palabras no dichas, en los poemas engavetados por un poeta que no atesora premios, ni vocablos de otros para irse de banderita que nadie levanta.

Todo hombre es un demonio, un lobo con ventanas en los ojos y cadáveres para velar su sueño de lobo que se sueña hombre. Soy, de hombre, la bestia que de niño temía: en mí pastan el amigo y el traidor. No me engaño ni engaño, y eso me hace distinto a los que cruzan fronteras para salvarse.

Aquí íbamos a olvidar la anatomía del cobarde, los senos mutilados de los novios sin novias; aquí, mis penitencias sobre el mármol de las mujeres que mataron con indiferencia mi engendro de amor. Sé de la muerte, sus pasos de lince por el viento que mece los pechos insobornables de mi amada.

Amada, por ti me desangro sobre lo blanco de un papel. Por ti vivo como un lobo y escribo como un hombre. Por ti muere mi lobo en cada insomnio; en cada viaje renuevo de máscara y me prometo un boleto sin retorno.

Como todo hipócrita, amo a la mujer de mi hermano. Ella santificó el vino para mi garganta, quemó el heno en la turbulencia de mis ojos, bajeles para huir de nuestros propios crímenes. Ella es el arca y la pantera que emite gestos mansos, es el agua y la lumbre de mis manos en lo sombrío. Quién soy si a su sombra me vuelvo ella, me hago mujer contra mujer y hombre contra el vértigo de otro hombre. Quién soy si mi cielo y mi país ruedan detrás de muros donde se oculta toda tolerancia entre los hombres. Quién ser para no ser la certeza del cuchillo en la mejilla del reo, si sabemos que se puede estar de todas las mentiras, ebrios; de todas las verdades, presos.

Mi mujer tiene cinco puñales contra el miedo, cinco cuervos muertos sobre el ceño, cinco nomeolvides entre sus muslos, cinco veces Juan sobre ella misma. Mi mujer y yo somos la isla en la sangre de su nombre, en las voces de los desterrados que reclaman. Somos la mutación de la primavera y del yoísmo, somos Beatriz y Dante Alighieri a punto de caer de un andamio del infierno. Mi mujer y yo somos el infierno.

Aquí íbamos a morir de lobos cercados por otros lobos de la envidia. Rabia no será por siempre la moneda. Rabia en los laberintos de las bestias que somos, y sobre la mano que escribe, mente y sangra. Yo que era un lobo en una ciudad de lobos, con un poco de amor fui domesticado. También la ciudad será transfigurada en una comarca de corderos bajo el sol.

Lo único real en la ciudad es su árbol. Lo único real en un hombre es su lobo. Lo único real en un poeta son las palabras que ponen a arder el corazón de sus mujeres y las vísceras de los tiranos. Lo único real en nosotros es el silencio.

PARADOJA DE LA RELATIVIDAD

Yo no soy el que canta: La verdad es una espada. La verdad hiera. La mentira también hiera. La verdad es una llave. Sé de mentiras que abren puertas, como las puertas ruinosas de la fama. Yo no soy el que canta, sino otro cayendo con su cruz en sórdidos caminos. Otro comenzando a creer en el cansancio de Dios, en que Dios es la lepra sobre nuestra piel, la muerte poniendo sus huevecillos en el semen. Cual semilla que engendra malos frutos, mis sílabas serán lanzadas al fuego, pues toda hoguera purifica y conforta. No existe la gloria ni el infierno, son apenas trastornos personales. Las verdades son tan relativas como el sol que en los espejos refleja todos sus atributos, pero no nos quema ni deslumbra. Los espejos son mentiras, y las mentiras son también relativas.

ESPEJISMO DE UN ÁRBOL

Los amigos se marchan en silencio con la ruindad de un país que se va quedando solo. Paso entre ellos como un ciego que a golpes va a estrellarse contra un árbol. Entre la realidad y los milagros hay un árbol, y siempre tropiezo con él, caigo y me levanto. Entonces me digo: Quiero ser un árbol y plantarme en firme, que sean otros los que tropiecen y caigan, otros los que se rompan la crisma o se levanten. Soy el espejismo de un árbol: no doy frutos ni sombras. Los viajantes orinan sobre mis raíces. Los amantes, en mí graban corazones y flechas. Los disidentes fabulan de mi tronco una balsa, una guitarra rebelde y descreída, leña para apagar el frío del viaje. El temporal me ataca con sus armas, me despuebla de hojas y pájaros. Entonces me digo bajo la lluvia: Para un viajero el mejor asilo será el camino. Pero si el camino es de agua, ¿para qué quiero ser un árbol? Es preferible ser un pez. Soy el espejismo de un pez. No, soy Jonás dentro del vientre del pez que soy. Tengo una cuchilla y quiero abrir una ventana; no para escapar, sino para que entre un poco de luz. Cómo voy a escapar del sitio que me fue escogido por Dios, me digo; y me siento a esperar por los panes que del cielo deben caer en mis manos.

SITIO DE FE

*En mi país la luz
es mucho más que el tiempo.*

ELISEO DIEGO

No me reconozco en la aparente felicidad que hiere y hace sangrar los cuerpos de la inocencia. Estoy cayendo dentro de mí mismo. Con la misma levedad de un preso, puedo sentir que es tan hermoso como triste cada amanecer lejos de casa.

En mi país la luz es limpia y los hombres saben morir. Existe el país como existe Dios, y yo me acojo a sus mandatos. Sus símbolos sobre el fuego hacen que no exista otro sitio ideal para mi muerte.

En mi país la vida pasa entre luces y la paja en el ojo, entre la mansedumbre y el ondular de las palmas. En mi país la vida pasa como un temblor, un milagro.

ESPADA Y CABEZA

He crecido sin saber elegir el antifaz que me hará el rostro más humano. Sin los ojos abiertos he crecido. Por mi pecho cruzan ríos. Sus aguas son turbias por la sangre y el estiércol.

He despertado en el instante en que iba a ser devorado por mí mismo; y he visto a unos hombres sembrar bestias como árboles, y más tarde afilar la espada con la que se abrirán sus propios pechos. Luego he visto la espada revolotear sobre mi cabeza, atada apenas por una cuerda de seda.

Sobre mi cabeza una espada signa la fecha de mi muerte, pero prefiero que todo sea mentira: espada y cabeza bajo las luces del circo de la isla; bajo la risa del que paga y aplaude mis desgracias. Ahora mi cabeza son todas las cabezas acuchilladas y mis manos todas las manos sin sortijas, sin dedos.

He cruzado sobre un océano de espadas. He envejecido a la espera de una patria, sin descubrir que la patria estaba en uno mismo. Digo que la patria será siempre una espada suspendida sobre nuestras cabezas.

REFLEXIONES DEL MIEDOSO

Estoy tan desamparado: mi cuerpo es una barcaza bajo las aguas, una mariposa de papel en la algazara del fuego.

¿Quién seré en el mañana con esta voz que tengo y que no es mía?
¿Quién, fingiendo ser todos bajo los mantos, tras las máscaras que he gastado en el vivir?

Quien mienta su verdad estará a salvo. Pero, ¿a salvo de qué o de quién?

Sé de hombres que deben fundar tribunas, y de otros que deben cargar los temores ajenos. ¿Quién calculará la magnitud de mi caída? ¿Quién estará claveteando la cruz mía? ¿Qué tipo de hombre seré mañana?

No quiero ser el manso de siempre, celando sus banderas de puntas carcomidas. No quiero ser el cobarde que hoy soy.

Yo quise gritar: La cabeza del que dude será exhibida en el estandarte de la barbarie. Yo no dudo porque el padre me

acoge y sacude, sino porque no he sabido qué decir y no sabría a quién escuchar.

Soy un hombre pequeño, gravitando en una casa de puertas inasibles. Casa sobre los escándalos de la muerte. Con mis ojos una mujer trazó los ojos del suicida, que descubre que vale la pena morir si con ello ahogamos el dolor de vivir.

Pero, ¿de qué sirve una vida sin dolor?

Soy un hombre pequeño y el dolor es inmenso, tan inmenso y habitable, como el miedo que hace de un hombre una mariposa echada a volar entre candiles irreales.

MILONGA DEL CIEGO

Qué bueno sería tener un lazarrillo que de noche nos leyera a Thomas Mann, con palabras más dulces y suaves, como un vino de rosas que se bebe frente al fuego de una casa junto al mar. Tener un lazarrillo que por nosotros aplauda y mueva la cabeza como un pavo real mueve su cola. Tener un lazarrillo para firmar autógrafos apoyado contra su espalda; que reciba por nosotros la pistola en la sien, las muecas del público; mientras nos hace creer que la violencia no existe, que toda la belleza del mundo va de su mano a nuestra mano inexperta y sin ventura.

FÁBULA DE LA MUJER DEL CARNICERO

Por el mercado, entre carnes y verduras, vemos pasar a los hijos del proletariado. También pasan los hijos de puta y otros enfermos de cinismo. Junto a ellos, lívidas muchachas revolotean como moscas sobre la res recién descuartizada. El carnicero, para no morir, todas las mañanas saluda al sol con los dedos embadurnados de sangre y un nuevo corazón de usurero. El matarife, para no morir, todas las mañanas al salir del cuarto besa a su mujer y predice que la argamasa del techo muy pronto les caerá encima. La mujer del carnicero es hermosa. Tiene los dientes blancos y perfectos. La mujer del carnicero sueña un prado donde hundir su cuerpo sobre flores, y el carnicero sueña un rebaño donde hundir su cuchillo en la carne; dicho así, tal parece que ambos sueñan un mismo sueño delirante, y que nunca se pondrán de acuerdo.

CUERPOS DEL VERANO

Aquí se alquilan los cuerpos del verano, torsos casi desnudos bajo la cerveza espumeante en mi vaso de cartón. Soy, entre ellos, una mano que saluda o vuela, posándose sobre sus hombros como una voz de la conciencia. Pero cuando la manada corre hacia el desfiladero me transfiguro en una boca contando mentiras adorables. Mi trabajo es pasar contando mentiras. No me duelo de ser un hipócrita, sino de estar vegetando sin darme en sombras que cobijen. Permita decirle, señor Ángel Escobar, que en nada hemos crecido, en nada han cambiado nuestras mentes, y nuestros corazones seguirán siendo cápsulas donde soterrar la música de la sangre o las miserias de un alma; cápsulas que serán arrojadas al fuego por la ingratitud y la desmemoria. Ven, Ángel Escobar de incomprensidos versos, y confiesa que el rey tiene barbas de diablo. Ven, pon tu dedo en mi llaga como un pacto de muerte, y confiesa las noches que nos hicieron llorar, encerrarnos a escribir palabras que nos hieren y hacen sangrar en silencio. Pero nuestras palabras no son más que bengalas que buscan alcanzar las estrellas, y en el intento se convierten en un artificio de humo de colores, señales luminosas que salen de nosotros para apagarse en una muchedumbre que nos ignora,

como también ignora que de ella nacen los héroes y las putas. Ay, Ángel Escobar de enfermizos hexámetros, saber que nos estamos despidiendo para siempre; que a todo lo que hoy decimos adiós: edificios, rostros, lagos, mujeres e islas, fueron lugares tan comunes como nuestros. Saber que no tuvimos tiempo de conocer la gloria, ni la fama que engendra hijos monstruosos, ni los cuerpos que se alquilan y se pierden como pájaros en el vendaval de una tormenta.

CONSPIRACIÓN A LA SOMBRA DEL ESCRIBA

*Para todos escribo.
Para los que no me leen sobre todo escribo.*

VICENTE ALEIXANDRE

Si a alguien debemos el estar ciegos, es a nosotros mismos. Todo cuando escribo pesará sobre mí como un aspa gigantesca. Soy cuanto escribo, y el país me tiende sus trampas con la misma complacencia de una meretriz abriendo sus muslos. Si a alguien debemos el estar sordos, es a nosotros mismos. Un hombre verdaderamente libre nada tiene, nada desea ni aspira, pues la vanidad no concede libertades. El olvido nos será vedado, como vedadas nos serán las palabras exilio y nostalgia. Si a alguien debemos el estar mudos, es a nosotros mismos. Pobres de los versos que no van del poeta hacia los hombres, como frutos para la sed o panes en las manos del hambriento. Los hombres tienen sed, tienen hambre; y yo solo me apeno de mis penas, me afiebro de mis fiebres y finjo de un dolor que no es el mío. Solo la palabra justifica la ventaja del poeta sobre una muchedumbre

ciega, sorda y enmudecida. Quien se sienta a la sombra a escribir este poema enajenado, no es un hombre honesto y lo sabe: por eso se inventa una historia sin fuego ni sangre, y un vértigo en los ojos del escriba.

ENTRE EL POETA Y LA LOCURA

Debo consentir que la locura del poeta viaja por un túnel donde al final la luz nos ciega y compromete.

La locura es un extraño viaje por sus versos, reveladores de una belleza que se envanece ante nuestros ojos cansados, casi ciegos bajo el foco de una luz cenital, bajo el paso implacable del tiempo.

Es sentir que sus imágenes son como garras que nos atrapan o desmiembran, sin llegar a comprenderlas del todo. Es sentir que sus pensamientos son como zancadas que se abren caminos dentro de nosotros, hasta llegar a salir por nuestras frentes convertidos en un torbellino de palabras, convertidos en las entrañas del poema.

El poeta se refugia en el poema. La locura se convierte en el poema.

El poeta no busca los aplausos del necio, ni los oros que nos quita el cantar, ni los cantos que nos dicta el miedo. Tanta falta de savia en el pervivir el poeta no quiere. Tan solo quiere ser libre.

La locura es una forma de libertad que se extiende por su sangre como un virus, y ya dentro funciona como el mecanismo de un órgano, como las constelaciones de estrellas que florecen en el firmamento.

El poeta pretende huir de su comedia convertida en tragedia. Pero todo es en vano, porque en la huida descubre que su verdadera vocación es la locura.

El poeta no tiene compasión de los que están abajo, porque sabe que los que hoy están abajo serán los que mañana han de reclamar cuanto de verdad ha escrito o no; sus premios ganados con usura, sus mujeres vacías y sus mujeres preñadas, los licores que fueron servidos para ellos y que él bebió con descaro, sin ningún pudor.

La locura no tiene compasión del poeta. Sentada sobre la grama que arde se ríe de toda clemencia. Su risa loca llena el aire de chispas.

“¿De quién ríes tan descaradamente?”, pregunta el poeta, mientras arroja al fuego sus papeles.

“Yo soy ese extraño viaje que cruza los territorios de la poesía, donde los sueños obedecen a monstruos más poderosos que la razón”, responde la locura, entre lenguas de fuego.

ELEGÍA POR OPPIANO LICARIO

Nos habíamos quedado solos, y esa sensación de vacío dentro de nosotros se revelaba en el aire salitroso de las noches habaneras. Cantábamos y gemíamos con el corazón en un hilo y los ojos abiertos sin dejar de contemplar con qué asombrosa voracidad la muerte había llegado para embutirse el cuerpo de un hombre armado de memorias. Nos habíamos quedado solos. Ya era usted espíritu transitando por una pradera que con una voz muy suave le convidaba a reencarnarse en una piedra escrita, en una rama del árbol de los orígenes, o en el temblor de un pájaro flechado en el aire.

Después de su muerte la vida continuó. Algunos hombres siguieron preparándose para vivir con amor o con dolor, para enfrentarse a la luz del amanecer o a la oscuridad de la muerte; otros se rindieron ante las miserias de un mundo lleno de traiciones que se edifican retorcidas como tripas de pato. Continuaron los espías con disfraz de poetas, escribiendo y publicando poemas que eran ridículas imitaciones de los suyos. Continuaron los vecinos atropellados por la impiedad

de las penurias y las palabras obscenas, continuo el odio en su velocidad de río enfurecido, la resurrección en la sangre animosa de una muchacha, el sol punzante en verano y los jazmines floreciendo en invierno, la ilusión de la mano del desencanto, los amorosos crímenes imperfectos, los felices fornicando normales, los encarcelamientos innecesarios, los efebos danzando con asma, la culebra en el jardín y la guayaba olorosa en la mesa, la violencia del mar que se transforma en una sinfonía coral, y la ciudad agonizando como una bestia malherida sobre el diente de perro.

En agosto de 1976, el mulo se tambalea en el abismo con su cargamento de oro en las entrañas. Quién podría sospechar que sus pasos finales eran una ofrenda personal para los dioses; que su terquedad de mulo lo transfiguraría en un león y en un águila, grifo de una quimera, donde la realidad es tan liviana como la sombra que proyecta el vuelo de un pájaro en la tierra, o el peso de un grano de arena que se transforma en el núcleo de una perla.

Aquel fue un verano como este: nubes de polvo bajo un sol intolerable. La tierra siguió dando flores y frutos, y acogiendo los cadáveres necesarios. La envidia mostró sus ojos biliosos; la censura, sus garras de fingida transparencia. Los inquisidores llegaron de camisas blancas y almidonadas, cargando coronas con cintas ministeriales mientras rendían un minuto de silencio a quien en vida fuese condenado al ostracismo. A esa hora mejor hubiera sido seguir con el desparpajo o con el choteo público, porque toda condolencia le hubiese arrancado una carcajada descomunal digna del papel de trueno que tan bien sabía representar, o en el peor de los casos la risita infantil de su ángel de la jiribilla.

Veinte años después escribo este poema que aporta peso muerto en sus memorias, manipuladas tantas veces por conveniencia. Veinte años después, por una broma de la eternidad, pago el precio de fabular con un muerto que vivirá mucho más allá de mi muerte, y que nunca supo de mis alegrías y mis frustraciones. Pero me salva un Borges señorial y rencoroso: *Yo vivo, yo me dejo vivir, para que el otro pueda tramar su literatura, y esa literatura me justifica*; me salva de una vida gastada entre prejuicios, una muerte tan necesaria como el infierno.

ESCRITO BAJO LAS LUCES

Lejos de mí todo es milagroso. Todo estaba escrito bajo las luces. Apenas me acerco, los milagros desaparecen, las luces se apagan o no me dicen nada.

Frente a la estatua del poeta Zenea ciertas muchachas se ofrecen a turistas que beben latas de cerveza, indiferentes. Yo bebo una cerveza artesanal que fermenta entre mis dedos y sabe a orina. Toda la ciudad huele a meado de perro y a mierda, a sexo de contrabando, a fruta madura y carne podrida, como un gran mercado medieval.

Frente a mí, en un banco, hay dos suecas cariñosas como gatas en celo. Me miran y sonríen locas y cómplices, mientras me pregunto: ¿Cuánto pagarán para que me someta esclavo de sus placeres, bajo el cielo raso de un hotel sin estrellas?

La ciudad literalmente es un burdel, un paraíso irrecuperable.

Soy un fósforo que se apaga a la hora que la ciudad enciende sus luces. Soy un diamante en bruto que al pulir se convierte

en carbón vegetal. Soy un blanco loco y criminal que vive de la bolsa negra.

Entre los árboles, la risa espectral de Julián del Casal, antes de morir, imanta la luz y el aire del Paseo del Prado. Siento el rugir silencioso de los leones de bronce y, por un rato, la felicidad me ilumina y envanece. Me rodean los vivos y los muertos. La avenida parece una arteria fluorescente que desemboca en un mar que nunca da paz ni calma. Un mar violento y amargo como las despedidas de los hijos y las lágrimas de las madres; un mar de espuma y aguas traicioneras, que aún sigue inspirando los poemas más bellos y tristes.

Las nueve en punto: suena un cañonazo que me hace despertar del letargo. El mar combate contra un muro de piedra. Sentado en el muro he arrojado al mar unas monedas que nunca pagarán mi tranquilidad, ni un cuartucho en el Hotel Isla de Cuba, ni lo que por noche cobran las muchachas que frente a la estatua del poeta Zenea se ofrecen a turistas indiferentes.

Debo temer por la profanación de mi espíritu, más que por mi cuerpo a punto de prostituirse. Entro como un relámpago en la nocturna floresta capitalina donde crece el escaramujo entre muchachas públicas, salvajes como potras desconocedoras de un buen domador. ¡Ea!, muchachas, como Anacreonte, conozco cosas sabias sobre los cuerpos trenzados sobre flores de tréboles. ¡Ea!, muchachas, reinas convertidas en cortesanas. No son mariposas en el encantamiento, pero tienen el fulgor de miles de cuchillos de obsidiana revoloteando sobre una ciudad que crece a pesar de la pérdida y lo inclemente del verano.

En las calurosas noches me masturbo pensando que sus cuerpos son comarcas de la muerte, que sus sonrisas son máscaras hermosas; que la adrenalina que sueltan cuando me les acerco es la misma que sueltan cuando se les acerca el lobo feroz del amor.

La ciudad literalmente es un burdel, un paraíso irrecuperable.

Bajo las luces hay rosas con olor a monedas de cambio, con olor a sexos de putas casi niñas, sexos para amores que no duelen, para desamores que no duelen ni sangran. Rancio perfume que se extiende peligrosamente sobre la ciudad como una nube de amoníaco, o como una mentira que va naufragando de boca en boca, hasta que se convierte en una media verdad.

Pero no debo quedarme sin voz como quien ha descubierto el modo de hacer las cosas en silencio y obtener ganancias. Debo escupir la inocencia mordida por el vicio; debo gritar aunque me llenen de rejas y penumbras; debo ser como el mar que, amargo e incansable, bate con fuerza contra estos muros de piedras en donde vivo encerrado.

FIN DE SIGLO

Amada, me refugio en ti cansado de todo y de todos.

Aquí el verano secunda otro verano, los hombres beben y ríen de sí mismos mientras se desgastan en trabajos miserables, y sus mujeres hacen café mezclado con guisantes.

Aquí la música es una filigrana del recuerdo; un poco el alma de la isla, y la isla, un poco de huesos y mandatos que se pierden en la memoria.

La meta es vivir a cualquier precio y mi doble lo sabe, por eso escribe y yo saco partido de sus dolores.

“Si puedes, sálvate de ti mismo. Si puedes, no te rindas ni te dejes morir. Haz como las trepadoras en el muro, busca siempre la luz”, dice mi madre.

Mi madre cree que soy el hijo vengador de sus miserias; el hijo mesurado y emprendedor que ha de pagar sus desayunos del mañana.

La testa del plagio rodó hasta mis dedos. Es hermosísima, y reconozco en ella la cabeza de mi madre.

Mi madre y yo somos la isla; pero tememos creerlo. Por el centro de la isla cruza un alazán blanco y quien lo monta tiene un anillo de hierro.

Piedra sobre piedra han puesto sobre mí, y sobre la última piedra un montón de heno para que pose el Censor a leernos poemas. No los míos, pues bien sé que la censura ha tachado mis apellidos de sus trofeos, de sus bucólicas antologías oficiales.

A mi sombra crecieron los poetas de nadie y las mujeres de todos.

La ciudad encona. La ciudad es un dragón que me hace desconfiar cada vez más de mis fuerzas. En la ciudad, pervivo y muerdo el polvo, escribo lo vivido y me avergüenza lo que escribo.

Bienaventuradas sean las manos que besan en un cuarto alquilado; benditas las lenguas que lamen las heridas, las puertas que se abren y la verdad sobre los labios como una untura de miel en las navajas.

Amada, patria mía, si un día me faltases quién hará por ti el prodigio del día, quién el camino al caminar, quién la espuma y el milagro.

EN EL TEATRO DEL HOMBRE

Yo no conocía las máscaras del amanuense: orfandad de la mudez pudriéndose entre dientes. No conocía el horror en las bocas para no gritar, en los ojos hasta no ver, en las manos hasta no asirme a otras manos que tributen confianza.

Yo sepultaba mis afanes bajo mordazas; mi corazón como un rubí entre las piedras. Era el guardián de una botella donde mis hermanos naufragaban a la deriva, de un cofre con una mano sin anillos, pero no conocía las dictaduras de la carne que solo busca el placer de la carne.

Nada saben del Juan que en otros amaneceres fumó su opio de numen entre poetas de moda. Ser Milton que siempre supo que era Milton, aun cuando los demás lo ignorasen. Ser Catulo debatiéndose entre el odio y el amor. Ser un imitador de Byron; tener la cabrona vida de César Vallejo; y echar a morir todos los hombres que soy, todas las mujeres que por mí han pasado como una aberración del olvido.

Echarse a morir por la morfina y el sueño. Encerrarse en el camerino de un teatro para escribir versos de amor, y ocultar al hijo de puta que se lleva por dentro como una víscera vital y ponderosa.

Haber soñado con la gloria desde una pequeña ciudad que es todas las grandes ciudades de la Tierra. Haberla amado y aborrecido con la misma vehemencia.

Oh ciudad bajo la prodigalidad de mis argumentos. Oh ciudad, mis palabras son sandeces; y tus crepúsculos, falsos atardeceres. Fueron nuestros ojos abiertos con tijeras; nuestras manos condenadas a construir templos en los que nunca hemos creído. Ya hemos solventado los golpes del mañana. Ya hemos envejecido, esperando vivir días mejores.

¿Cómo escapar de los precarios oficios que nos acercan al pavor?

Peligrosamente envejecí entre el ocio y la vanidad, peligrosamente crecí aprendiendo a mentir entre hombres que harían rodar mi cabeza. Así me hice dueño de una casa que no sudé, unos versos que me elogiaban como míos, y una mujer que nunca sangraba por mi felicidad. Así fue en realidad. O fue por no estar solo que mentí hasta creer en mis propias mentiras.

No quiero aceptarme sin saber qué es el decoro. ¿Qué es el honor? Soy la flor en el pantano, una cabeza resaltando en la manada. ¡Entra al redil! —anuncian—. Y escriben mi nombre con la punta de un cuchillo.

LAMENTACIONES DEL ESCRIBA

El que ha hecho la herida, la curará.

TIBERIO CLAUDIO

Ahora que no crees en la inmortalidad, temo que dejes de creer en mis poemas.

Escribo mientras me desangro y pienso en ti. Escribo porque tengo un pacto con la vida; porque tengo el defecto de mentir, y de rectificar con verdades cuando escribo.

No soy un poeta que seduce. Apenas soy un hombre triste entre sus letras y unos escarabajos muertos en las escaleras del vecino; entre una fruta que rueda bochornosa por la mesa y un país con la esperanza echada a rodar entre puñales.

He escrito versos que no me pertenecen. Lo sé. Por vanidad, la poesía es mía más allá de sus luces y sus manchas, más allá del poeta que pule sus poemas con esmero. Me desangro y

escribo. Qué difícil resulta escribir una línea para la salvación de un hombre.

La ciudad ha visto a sus muchachas regalarse la cabeza del heraldo contra sus murallas, las manos mutiladas del que nunca regresará. En la ciudad nos fuimos de ciegos a fundar los ojos, de mancos para dejarnos crecer alas. Mentí a la ciudad que me creía un héroe. A todos he mentido.

¿Cuánto valen los poetas que se lamentan desde sus torres, y nadie les responde? ¿Cuánto puede valer nuestro mutismo?

Pasen y conozcan los silencios que nos hicieron subversivos. Pasen, señores, pasen y pregunten qué han hecho con sus vidas.

SEGUNDO TIEMPO

SIN AROMA NI ESPINAS

Los recuerdos me acosan y yo me justifico: mi pasado no evoca privilegios. Los recuerdos son paredes tapizadas de espejos con imágenes a destiempo, donde las cosas no son lo que son, sino lo que fueron o pudieron ser. Detrás de esas paredes de vidrio y azogue están las rosas de la vida: las rosas blancas que vimos arder de tarde en tarde, y las rojas que algunas veces nos conmovieron hasta hacernos llorar. Ahora ni mi tacto ni mi olfato pueden dar testimonio de ellas. Así son los recuerdos: perfectas rosas sin aroma ni espinas.

VANIDAD

Un loto entre flores de loto se hace común en su propia rareza. Mañana será efímero tanto perfume, el blanco esplendor que a todos conmueve. Un loto sobre las aguas del pantano crece azaroso para el vuelo. Pero sin emigrar inviernos, sin alas para cortar el aire, cae desde su torre y muere quemado por el sol.

NATURALEZA MUERTA CON HORMIGAS

Nuestra pobreza es la vanidad, la ilusión del invierno bajo un astro difuso. Al centro de la mesa, las frutas de yeso pintadas con los vivos colores que ayudan a presentir las cosas vivas. Nos acompañan los corderos de la condolencia. En sus ojos desollados se oculta el placer con que beberían gustosos de nuestra sangre. Al centro de la mesa, las frutas pobres (de yeso pintado con vivos colores) revelan nuestro único esplendor. Me he sentado a la mesa sin hambre, sin miedo a la oscuridad reinante. Imagino una piña, dos mangos, tres limones amargos como lágrimas. Imagino los ojos de mi madre en el café cotidiano; sus dedos, lirios marchitos, retozando con el pote de la sal. Desde la azucarera de plata hasta mis manos, un camino de hormigas amarillas.

MISERIA DE UN MATISSE

Dibujó un cuerpo de mujer bajo la penumbra de mi cuerpo enfermo. Todo cuerpo hermoso padece bajo la lujuria de siete demonios del amor; cada latido del deseo repercute en otro deseo insospechado, pero posible. Adivino un cuerpo de mujer: infinito como la línea del horizonte, amenazante como los labios de una reina, luminoso como la primera mañana del mañana. Dibujó un cuerpo de mujer que adivino infinito, amenazante y luminoso bajo la penumbra de mi cuerpo enfermo.

EPITAFIO DE UN AMOR QUE FUE MÍO

La tierra que en mi corazón te cubre se ha llenado de malezas. El retrato que te hice de memoria en nada se parece a la que fuiste. Al centro de una cruz yace tu nombre: rapsodia del pájaro del olvido en medio de este campo santo (escenario para mi descanso mental). Se han marchitado los girasoles, los crisantemos, los mirtos, en el búcaro azul cobalto. En las desfiguradas líneas de esas flores —casi sin color, sin perfume apenas— creo reconocer los restos de un amor extraviado por cotidianos derroteros, por caminos de polvo que no van a Roma.

ESCANDALOSO REINO

En efecto, fueron reyes toda una mañana.

RIMBAUD

Durante el último invierno, el poeta y la puta en la plaza principal del pueblo, abrazados y besándose frenéticamente, comenzaron a gritar ante un coro silbante: “¡Soy el rey de las visiones!”, gritaba el poeta. “¡Soy la reina de los rumores!”, gritaba la puta. Y ambos, locos y aventurados, tenían la pobre ilusión de ser la primavera dentro de un invernadero.

UN MAL SUEÑO

Sentado en un banco de la Place Rouppe te basta acariciar el mango de madera de una vieja pistola para descubrir que el bien y el mal caben en la palma de tu mano. Pobre poeta que despierta de un mal sueño, y en medio de la noche cuentas las estrellas, de una en una, con el mismo dedo con que puedes apagar la llama de unos ojos azules y penetrantes.

ÚLTIMA CANCIÓN

En otoño, bajo un algarrobo escuchábamos nuestra última canción. La cantaba un pájaro desde la rama más seca; la silbaba el viento con su lengua eléctrica. La canción cobró el peso de nuestros cuerpos echados sobre la hierba fresca. Desnudos, fundidos en un abrazo, nos aventurábamos a una tarde inolvidable. Entre tus manos y las mías, el amor era un ave del paraíso que picoteaba migajas entre tanta abundancia; un sol esplendido que hacía resurgir en la corteza de los árboles, asaetados corazones con nuestros nombres. Sin duda uno de esos días caros de la felicidad; pero nada sospechábamos. Estábamos felices y ajenos, sin sospechar que nuestro amor tenía que morir, como mueren bellamente las flores en el campo. Nada podía salvarnos. Era nuestra última canción. Pero tú ya no la escuchabas. Lejana y fugitiva, entonabas los ojos en la complicidad de la noche. Yo cerraba los míos, para no ver más allá del paisaje nuestras vidas separarse, como las líneas de dos horizontes que nunca se entrecruzarán.

CARNE DE MADRIGAL

Todos los poemas de amor son cursis. Todos los poemas de amor se han escrito para que tú creas en ellos, para que tú creas que fueron escritos pensando en ti.

MÁS ALLÁ DEL PAISAJE

Más allá del paisaje, están tus manos. La tarde y unas nubes pasan sobre mi cabeza. Un árbol de hojas rojas como manchas de sangre apenas es una premonición que anuncia el otoño; y un pájaro volando, otro pájaro más que pertenece a la patria del aire. Pero tus manos tienen el vuelo de los pájaros y los frutos de los árboles. Tus manos coronan mi frente, la iluminan y colman de nubes que jamás pasan.

TRES VERSIONES PARA UNA ROSA

I

Una rosa anuncia la mañana desde un campo de batalla. Nada es más reconfortante que una mañana dictada por una simple rosa entre los cuerpos mutilados de los hombres bajo el sol.

Una rosa anuncia la mañana desde un campo de amor. Nada es más reconfortante que una mañana dictada por una simple rosa entre los cuerpos acoplados de los amantes bajo la luna.

II

El cuerpo de una rosa corona la mañana. La mañana prendida es el trono del día, es otra rosa ilusoria, otro espejo de la puerilidad que nos transforma en un Narciso orgulloso e insensible, ante el dolor de un amor verdadero. La mañana reniega de las estancias de oro del mezquino. Pero salva a la rosa de ser un espejismo hecho flor, un color y una forma que busca alcanzar la belleza

ocultando el poder de sus espinas (cuyo símbolo representa la perfección real de la belleza misma). La mañana prendida salva a la rosa de ser la fragancia sensual de una noche cualquiera, el cadáver exquisito de una deidad, una ofrenda vegetal arrojada por el poeta delante de los cerdos.

III

Hemos admirado a la rosa que nos hierne los ojos con su filosa corola de un rojo muy intenso. Y aquella otra rosa de un aura sutil, pálida, cuando el rocío perla sus pétalos y un perfume suave emana de su seno para arder en las llamas del aire. Hemos admirado a quienes, como nosotros, se hieren con su belleza. Y, como nosotros, ignoran que el orden perfecto de su forma al abrirse naufraga en un océano de agujijones finos y punzantes como puntas de cuchillos arrojadizos.

MIENTRAS PASA EL LETARGO

Es bueno tenderse sobre un banco en el paseo, lejos de las máscaras que aturden mis visiones, mientras pasan hombres con cabezas como la del dios Jano. Banderas no victoriosas bogan a la deriva. Miro y desconfío de todo lo que veo. Cierro los ojos y presiento escuchar las voces de quienes por mi lado pasan mudos por tanto callar; ciegos de no ver más allá de sus narices. Turistas posan frente a una fuente de piedra, donde una joven india, con un turbante de plumas y los senos desnudos y desafiantes, es acompañada por delfines cabalgando las olas de un mar inexistente. La fuente no tiene un surtidor de agua, ni palomas revoloteando a su alrededor, pero es hermosísima bajo los rayos del sol. A la sombra de la Fuente de la India, la realidad es un cielo que se torna esquivo, petrificado ante mis ojos soñadores. Tarde en el paseo, mientras pasa el letargo, simulo ser otra atrayente estatua para turistas bajo nubes de mosquitos. Todo tiene un precio en este fin de siglo donde lo falso es más atractivo que lo cierto, lo humano más imposible que lo divino.

ELOGIO DE LA CERTEZA

Soy un pasajero de primera clase sobre un sucio vagón de carga. A mi paso ignoro los pueblos vecinos, las manos que me saludan o me arrojan piedras, las ciudades bajo dudosas estrellas de mercurio.

Es triste saber que viajamos entre pasajeros que venden sus dolores en subastas, saber que vamos a morir tan ignorantes como tan ignorados. De tanto perdernos hemos inventado caminos que nos conducen por caminos perdidos.

He aprendido a discernir los sentimientos, de las debilidades; la belleza, de lo terriblemente hermoso.

Falso es el amor que arrojamos cual anillo que perdió su pavón dorado. Falso es el amor que una vez pasado nos resulta una ostra sin perla. El amor es un acto de la imperfección, una búsqueda incesante que nos hace rodar del placer hacia el dolor y viceversa. Nuestra primera estupidez será no reconocerlo; la segunda, tener más miedo a las equivocaciones que a las miserias de la cotidianidad en que vivimos.

EL ADIÓS

Desde el andén, las manos del adiós parecen navajas de brillo opaco. Semejando un cuchillo mohoso, el tren avanza con mis muertos. La noche es propicia para hablar con ellos, sus voces me dictan y yo escribo. El follaje ha crecido en ambos lados, borrando fechas y ciertos nombres escritos sobre el polvo de las ventanillas. Pasa el tren con vagones interminables: su filo de cuchillo dividiendo pueblos. Adiós, me dice un niño desde su bicicleta roja; adiós, una mujer y un viejo que van a morir al amanecer, alcanzados por el fuego de una centella, llameantes como un flamboyán en primavera.

CÍRCULOS

Sobre un improvisado muelle de hierro, miro a un hombre sostener una cuerda que se pierde en anillos de agua. Sonríe al verle atado por la cintura balanceándose en el vacío, mientras reflexiono sobre el valor de la vida entre picadas de insectos.

A ratos, el hombre fuma y hace volutas de humo azul, habla consigo mismo y mira al cielo. Yo le miro: en la proximidad de su cabeza, como una aureola, clarea una locura. El hombre sonrío colgado desde su soledad. Yo sonrío desde la contemplación de mi abismo. Tampoco existe para mí la firmeza de una orilla, y miro al cielo.

Un ángel pasa entre los dos como un velamen.

El alba nos sorprende: al hombre tendido de cabeza bajo el muelle improvisado; a mí, sosteniendo una cuerda que se pierde en anillos de agua. ¿Por qué sonríen dos hombres desde una misma soledad, un mismo abismo? Pregunta alguien que pasa y mira un cielo de pájaros negros volando en círculos.

CARNE DEL SOLO

*Enfermedad de los conjuntos
Este es el tiempo de las oleadas*

HENRI MICHAUX

Desde el respiradero de mi pez de cemento veo pasar la vida sobre tanta muerte. Adentro, la soledad es la misma dama pública que me acompañaba a los teatros, los estadios y las peleas de gallos. Todos somos carne de un dios con olor a sudor y a virtutas de madera; un dios clavado en una cruz de odio por entregar su corazón ardiendo en pasión, por despertar a los vivos de entre los muertos, y a los muertos de sus sueños eternos. La soledad es esa cruz de un justo entre ladrones. Pero la más desgarradora de las soledades puede sentirse dentro de una manada que se define en la incomprensión unánime. En tiempo de aplaudir el escarnio y la falsía, sabia es la soledad de aquel que se crece para alabar la Belleza mayúscula de este mundo. Veo pasar la vida silbando una dulce canción, mientras no lejos la hojarasca cruje bajo las pisadas amenazantes de las fieras. También veo la fragilidad con que mueren nuestros días entre falsos ideales que

no perduran. Hemos descreído de la sal de las palabras. ¿Qué son unas palabras dichas con miedo en lo oscuro de un poema, y qué es un grito de dolor entre tanta algarabía de muchedumbre?

CICLO

Detrás de esta máscara se esconde un hombre. Detrás de este puñal se esconde un hombre. Detrás de este libro se esconde un hombre. Detrás de este hombre se esconde un hombre, y otro y tantos, que son todos los hombres detrás de esta máscara, este puñal y este libro.

ESTE DIVINO SILENCIO

Puede hacerte un dios este silencio, supuestamente necesario para entender la pobreza de estar en la mañana profunda que nace. Puedes tocar este silencio y comprobar que eres tú mismo entrando en la otra orilla de tu cuerpo, aún desconocido para ti. Puede hacerte un dios este silencio. Un dios pequeño entrando en ti mismo ya sin lengua, tímpanos, ojos, dedos para percibir el mundo de los hombres. Que ignorantes son los hombres que nunca podrán descifrar los misterios que hacen convertirse un gran amor en un olvido insondable; las tardes de un día que no pertenecen al tiempo; el alba y la nocturna mariposa abrir entre sus colores el color más secreto. Puede hacerte un dios este silencio; puede hacerte música, palabra, arma blanca.

LA SEÑAL

Vi un ángel sobre el puente de madera. Su rostro era como el oro en el crisol, y sus alas tan cálidas y blancas que irradiaban una luz muy intensa. Iluminado se atareaba en mi cabeza oscura, desorientada como una bellota a la deriva por un río de miedo. Levanté las manos dando gracias al cielo, cuando sentí su pie derecho —como un látigo de fuego— hundir mi cabeza en el lodo del río. Apenas alcancé a ver otra marca de cuchillo en la baranda del puente de madera.

PARÁBOLA DEL SEMBRADOR Y LAS RATAS

Mis amigos son tan pocos que les cuento con los dedos de una mano. Mis pocos amigos sostienen el peso de mis dolores y de mis alegrías en una misma balanza. Mis pocos amigos necesitan de mí, como el sembrador de la rata que muere y abona las mieses con la putrefacción de su cuerpo; y yo de ellos, como la rata necesita de los granos que se desprenden de las espigas maduras en el campo.

EL OTRO

Otro por mí recibirá el favor de los dioses, las letras dictadas por la fama, las islas perdidas dentro del ser. Otro por mí recibirá las monedas lavadas con sangre, y otro, el peso del madero en el camino del calvario. Otro por mí recibirá las manos de un padre sobre los hombros, o un buen consejo que mandará a pirograbar en un pedazo de madera, como un trofeo que su mujer pondrá encima del televisor. Otro recibirá las vidas que no pude gastar tratando de moldear el rayo de mi alma, escribiendo poemas de amor a mis amores arruinados, engendrando libros y no hijos. Todo lo vivido se resume en un instante, un ocaso, una breve conversación con Dios en la penumbra. Y que Dios, pensando en otro, olvidó poner en su memorando.

SER

Ser un animal lacerado por los recuerdos y los olvidos (que son una misma cosa con el pasar de los años y los hombres). Tener toda condición para merecer una parcela en el cielo, pero conformarse con dos metros de tierra, una bandera tricolor y algunas flores secas. Ser un haber sido lo que nunca fuiste, un ser mañana todo lo que hoy no eres. Ser un número en la espesura de los nombres, y ser un nombre perdido en un bosque de cruces hechas con ramas de abedul. Ser, entre las manos de un lector desconfiado, apenas una línea temblorosa navegando en unas páginas tachadas y amarillentas. Ser un canto rodado, un verso revestido con piel, sangre y esperma, el fragmento de una herida que nunca será la extensión verdadera de lo único que es absoluto en ti: Ser un hombre, y nada más.

CEMENTERIO JUDÍO DE PRADA

Aquí la memoria del hombre es un bosque de lápidas con unas cuantas piedras encima. Extraña ceremonia del dolor: acomodar piedra sobre piedra como espigas recién cortadas. Muchas lápidas tienen inscrita la palabra Auschwitz como si este fuera el nombre maldito para signar los instrumentos de la humillación, de las desdichas y los crímenes de un pasado no pasado. En perfecta consonancia con el entorno, las piedras marcan los sitios donde debería haber hombres, mujeres y niños sin juguetes. Apenas hay cenizas traídas desde los campos de concentración. No lloro por ello, a duras penas, poso para una foto leyendo a Kafka entre coronas de laureles. Atontado por el frío de febrero, un minuto de silencio es mera disciplina de mi parte.

LIBRO DE NIEVE

Por ironía del poeta el libro de nieve nace de un fuego. Se resiste el poeta a sentir que el libro no arde y quema, que no es carne o flor de la ferocidad más aparente. Se resiste el libro a nacer de los accidentes del azar, ser el precio de un viaje sin retorno.

Todo nuevo conocimiento es engañoso si al fluir no revela los motivos del dolor que lo convoca. Lejos de mí: La lumbre de la casa natal enciende un amanecer perdido en los ocres del cielo. Cerca de mí: La tinta engaña la luz, pero su llama no alcanza a ser crepúsculo.

Levedad del poeta sorprendido con el rostro contra el cristal de una ventana para ver nieve caer sobre nieve, y más nieve sobre las ramas de un arbusto donde hay un pájaro atrapado, yerto de hambre y frío.

DENTRO DE LA SERPIENTE

El presente abre su boca de sierpe y me devora. Detrás de cada anillo el paisaje se torna plumizo. Adentro me invade la desolación y la duda: permanecer es coronar la ingratitud. Afuera mi mujer hierve coles moradas y vende margaritas de papel por un pasaje. Sola, y sin mis manos para sostener su pena, ella aborta un sueño muerto en forma de niño, una flor bogando en el Nirvana. Oh, carne de mi gran amor, monstruosa es la vida por dentro y por fuera.

EXTRAÑEZA DE ESTAR ACOMPAÑADO

La nostalgia me trajo a esta casa vacía donde espero el otoño con vino y pan barato. Lenta cae la tarde del norte crepuscular, su triste oro en mi mano es pura luz de estío. Cuando llega la noche pienso en Kristine, la sonrisa en su rostro quemado por un verano que fecunda a otro verano. Como una extraña emoción su ausencia me desarma y convierte en un hombre con sílabas que salen de su boca, como bestezuelas espantadas por el fuego. Mis pensamientos se tornan matorrales espinosos que rodando van al mar para despejarse bajo una luz blanca y salada. La quietud y el insomnio me regresan a la nada, a otro día de ser un don nadie. La nostalgia me trajo la imagen pálida de otra noche sin augurios, sin señales de vida. La patria puede ser esta ausencia, esta nostalgia, esta soledad estando acompañado.

NOCHE DE SAN JUAN

No espero nada de esta noche de San Juan. No hay milagro posible que no sea arrojar la sangre al fuego del vivir. No espero nada de la gente que junto a mí canta a voz en cuello *Vi elsker vort land*, frente a una hoguera hecha con los despojos de sus miserias personales. Han quemado un santo con la cabeza de paja y los ojos de semillas. El coro fuma hachís en una cachimba hecha de una zanahoria. Mi pasado es apenas un crepitar de recuerdos entrando en la ceniza de un presente, un pacto de conciencia: nada tengo, nada deseo y nada espero. Me sumo a la orgía de entregar a Dios lo poco que me queda: el hambre y el sueño en esta noche de hogueras frente al mar. Siempre es de otro ser, incluso del Supremo, lo que en mí ha costado el sudor o la sangre. Quienes me acompañan tampoco esperan nada, porque saben que la nocturna alegría de hoy depende de los despojos ajenos, y que todo bienestar que destella cual navaja sobre nuestras cabezas mana de la fuerza de marginados como nosotros.

“Oh, San Juan, hermano del Señor: conocedor de las muescas del asco en los rostros ajenos, de las dictaduras de la carne y sus

debilidades. Te pedimos que guiados de tu mano sin anillos nos conduzcas al dolor que nos corresponde según nuestra fuerza, para poder soportarlo con sacrificio y humildad, y (tal vez y por qué no) con un poco de orgullo de nuestra parte. Pero nunca nos permitas creer que vivir en el dolor y la miseria amerita más dignidad que pernoctar en la alegría y la abundancia. Concédenos, a gracia de creer que eres ese muñeco con la cabeza de paja y los ojos de semillas, más, libranos de ser ciegos de conciencia, sordos de humanas quejas, mudos de verdades”.

Confabulación de una mentira como símbolo: Kristine ha encontrado un trébol de cuatro hojas entre los huesos pelados de una vaca. Trébol y aquelarre de la suerte mía, anunciador de mi condición en este país, donde aún pido ser comprendido con señas. No espero nada esta noche poblada de desposeídos. No espero nada de este reino de hijos heredando los atributos de la soledad, cayendo en la depresión sin paracaídas, enarbolando los sentimientos de una libertad que se esconde con resquemor bajo una corona de latón bañada en oro. Y donde el más insignificante fuego —a campo abierto, a cielo abierto— revela nuestra rumorosa pobreza de existir.

PAISAJE DE LOS NADIES

Somos el fuelle de un sollozo entrando en la noche hasta convertirse en un continente de voces desconocidas, desterradas para siempre. Somos todos esos Nadies, que sobre el césped recién cortado de un parque fuman en pipa la hierba que distrae el conocimiento y alucina el espíritu. Asistimos a la ceremonia donde el bochorno es coronado. Fumamos a la sombra de la estatua del patriarca sobre caballo de piedra lechada en un amarillo municipal.

No somos tan pobres del todo. Nos queda la hierba seca y la sombra fresca de un patriota sobre caballo de piedra. Nos queda el quizás podríamos ser, el tal vez seremos mañana... Pero hoy nos amamos y cantamos y despreciamos. Nuestra suerte es ignorar que la suerte existe, y que puede ser nuestra aliada. Fumamos lo que somos: hierba que distrae el conocimiento y alucina el espíritu. No nos importa el saber de las mentes, sino el sabor de los cuerpos. Solo creemos ciegamente en el culto de creer en la belleza, en la libertad de elegir nuestro día de olvidar quiénes somos, de dónde venimos y para qué... Nuestro único privilegio será la elección del día de nuestra muerte.

No somos tan frívolos del todo, asumimos la vida con dolor, y a la muerte hasta con un poco de pasión o morbosidad; pero rechazamos las tristezas del solo, ahogamos sus penas en una nube de humo y alucinaciones. No somos tan frívolos del todo, solo queremos que la vida sea una amargura pasajera, una cachada en la pipa del candor, una puerta que se abre a un deseo siempre insatisfecho. Echarnos sobre un colchón de hojas secas y fumar y descansar sin miedo a tener que elegir un camino entre los miles de caminos que hay (y que no nos importa a qué pasado o futuros conducen). Libres somos de patrias y de exilios.

No somos tan pobres del todo. No ambicionamos partir a ningún sitio, e incluso ignoramos que exista un regreso al sitio donde estamos. No somos tan pobres del todo: sabemos lo que queremos, y sobre todas las cosas, sabemos lo que no queremos. El saber nos conduce por un sendero de dolor interminable; en cambio, el placer también nos conduce al mismo dolor, pero nos permite por un tiempo el gozo de creernos vivos. Permítenos, Divina Belleza, aquellas tentaciones que hacen de los cuerpos, campos gloriosos de batalla, cuerpos deseados y amados hasta un tormento infinito. Nuestras vidas están hechas de sus días con sus noches de rutinas. También nuestras muertes serán un acontecimiento casual, una tarde adocenada de un día cualquiera como este en que fumamos sobre el césped recién cortado y húmedo.

¡Que la vida no sea siempre dolor, tristeza y distancia! ¡Que la muerte no sea siempre dolor, tristeza y distancia!

A lo lejos, un viento trae entre olores desconocidos el olor maduro de los duraznos y la herrumbre de un aire salitroso.

Un viento cruel que trae entre sus voces la voz de mi abuela caminando sobre las aguas del río de mi infancia; un viento nórdico que arrastra como brizna a un alma en pena, un bolero traído por una rosa desde la otra ladera del mundo; un pensamiento dile a fragancia que no la puedo olvidar.

ES EL DÍA DE HOY

La ciudad sin luces y tú al centro de la ciudad. Llegas a casa como quien trae una piedra en el zapato. Te crees despojar de las penas del día, cuando te tocas la llaga de un amor mal correspondido, una herida de amor mal cicatrizada. Cierras los ojos porque te gustaría soñar que eres un niño que juega a hacerse invisible, que se convierte en la rama de un sauce o en un sapo escondido bajo las piedras.

Afuera se encienden las maravillas para ti (aunque se iban a encender aun sin ti); pero tú lo ignoras como siempre.

La vida no es un juego. El mundo amanece bajo un sol moribundo, los amantes confunden sacrificio con sacrilegio, y tu hermano —o a quien creías y amabas como a un hermano— levanta contra ti una tormenta de murmuraciones dentro de su parafinado vaso con cerveza. Estás solo y esperas la llegada de la noche. Has escrito poemas de amor contra la soledad, pero hoy de poco te consuelan los poemas.

Afuera se encienden las maravillas para ti (aunque se iban a encender aun sin ti); pero tú lo ignoras como siempre.

No eres maldito ni decadente. No eres luminaria de ninguna generación, ni ninguna generación te pertenece. Es el día de hoy, como fue el día de ayer, y como será el día de mañana. Así has vivido y así morirás. En la penumbra del cuarto, te la pasas como un preso escribiendo tus pensamientos en el aire con la llama de un cigarrillo. A través de las persianas verás caer otra vez el sol, y temblarás por saberte como eres, un hombre con talento, pero incapaz de recoger los frutos del sacrificio.

Afuera se encienden las maravillas para ti (aunque iban a encender aun sin ti); pero tú lo ignoras como siempre.

Antes de irte a la cama, entre angelitos que cuelgan de un cielo raso en ruinas, te das tres golpes en el pecho y te dices a ti mismo: Por tu suerte, por tu gran suerte, por tu grandísima suerte. Y cierras los ojos para empezar a ver lo que aún no has visto y tanto te han prometido.

Afuera se encienden las maravillas para ti (aunque se iban a encender aun sin ti); pero tú lo ignoras como siempre.

CARRUSEL

Amigos míos: me fui defraudado y defraudado regreso. A dos puertas de mi casa el mundo era un viejo carrusel con cisnes mal pintados. Sobre sus alas de madera, la mediocridad sentaba a sus hijos. Daba gusto verles reír, entre giros que parecían tocar el cielo, mientras yo les arrojaba piedras que el carrusel devolvía en mi contra. Cansado y mil veces defraudado, un día subí al carrusel y me senté sobre uno de aquellos cisnes de alas carcomidas. Desde entonces, da gusto verme reír entre giros y piedras que ahora el carrusel devuelve en contra de otro.

TERCER TIEMPO

LAS ISLAS

Yo no he visto las islas en el vuelo de los albatros. Presiento que las islas deben ser bellas como las palabras que a Safo bastaron para alcanzar la inmortalidad. Yo, que no las he visto, siento que solo existen en nosotros. No pertenecen a nadie. Solitarias resplandecen bajo la luz que nos mata, o bajo luces apagadas como animales ciegos. Las islas son imperios.

EL VIAJERO

Yo compadezco al viajero que regresa por el mismo camino. Ese camino trazado en forma de un animal fabuloso mordiéndose la cola, donde principio y final confluyen en una meta, y el caminar se nos hace eterno

La lejanía se torna un arrepentimiento; el horizonte, una columna tendida sobre un brazo de mar que imaginas inalcanzable. El destino está hecho de sacrificios y abandonos.

El viajero lo sabe, y constantemente se dice a sí mismo: El camino de regreso es un camino perdido.

He cruzado por miles de sitios, y siempre he visto los mismos hombres (la nata de su maldad en la leche de sus virtudes), solo han cambiado los rostros y los paisajes, como en el teatro los cómicos intercambian las máscaras y los escenarios.

El viajero lo sabe, y constantemente se dice a sí mismo: El camino de regreso es un camino perdido.

POR EL CAMINO NORTE

Aquí el mar, abierto y tranquilo, único privilegio que no nos es prohibido. Aquí el mar lleno de empalizadas, desperdicios y unas gaviotas plomizas y chillonas.

En la orilla los viejos arrojan mendrugos a las gaviotas y los niños seleccionan conchas y vidrios de colores. En el horizonte un bote enciende una lamparilla. No hay sol. Ni el cielo ni el mar son azules. Regreso por el mismo paisaje de desolación, y mi mujer con las piernas hinchadas se sienta en una plaza entre enfermos. El miedo en nosotros es una enfermedad mental.

Por el camino norte que va al mar, la flor lechosa del verano hierde mis ojos y los amaneceres palidecen como nunca. En el paisaje simbólico, vemos nuestros cuerpos flotar como una isla que se hunde indiferente bajo un remanso de aguas negras y ciegas.

Ya a lo lejos, nuestros ojos extranjeros contemplan la lamparilla del bote en la lejanía. La luz aparece y desaparece con el oleaje. Es de un amarillo casi imposible. El bote parece hundirse, o que no avanza. La luz tiembla, pobre y lejana, como nosotros.

En el camino a casa, desaparecemos en la marea de gente. Mi mujer enciende cirios en las altas horas de Copenhague. En esta ciudad hermosa y fría, jamás seremos aceptados. La poesía y la noche, aunque ambas lo ignoren, me pertenecen. Bebo un trago a la salud de cada hombre que está perdido y solo; y mi mujer quema ramas verdes y aromáticas traídas del lugar donde reinan los brujos. Casi alucinante se despoja de sus vestiduras, y al fuego de su desnudez la alegría se dora y centellea, para que no me pierda en lo oscuro de mí mismo.

COPENHAGUE

Te atravieso, ciudad en la que vivo extranjero de mi amor y mis rencores. Nadie me saluda y comprendo que el mañana será más duro que el presente. Escribo y quemó mientras escribo: el incienso de un país limitado donde los anatemas nos hacían victimarios.

Los libros y la ciudad me han enseñado a vivir.

Soy un egocéntrico corredor de fondo y eres, oh ciudad, una carrilera hostil. Siempre escribo sobre mí mismo porque si al menos creo en mí, estoy salvado.

¿Cuántas veces al día morimos aprendiendo a vivir?

Es mayo y me sumo con una bandera roja a las multitudes de una plaza. Nadie me saluda y comprendo que soy el olvidado rostro que toda gran ciudad necesita, el rostro necesario para mostrar la pequeñez que nos hace humanos ante los ojos de Dios.

Ciudad, hazte martillo y golpea mis dedos: debes sentir cuando rompe la piel y la sangre mana espumeante, trémula. En cada gesto de dolor me transformo en la caricatura que todos quieren. No temas, ciudad del que cae sigiloso: golpéalo, golpéalo, golpéalo.

Mis manos pequeñas levantaron muros para luego derrumbarlos piedra por piedra, palabra por palabra. Mirad, las líneas de mis manos son los ríos caudalosos del sufrir, el mapa de un destino incierto.

Te atravieso, ciudad en la que vivo extranjero de mí mismo. Tenía un anillo de cobre que mostraba a todos, con el artificio de un idiota que se sueña rey de un país donde no ocurre el prodigio de los nacimientos.

LOS FANTASMAS

Nada de bueno nos trajo este invierno. Hasta el peral achacoso nos negó su único fruto, que inalcanzable fue devorado por un gusano, y este por un pájaro humilde como nosotros.

Nos sentamos a la mesa a la hora de siempre, callamos y mentimos como todos los días. En las casas del frente, rostros sin nombres pasan contando historias idénticas a la nuestra. Tan tristes y cercanas, que es mejor cerrar la ventana para no llorar sus lágrimas, para no confundir a los personajes reales (que somos) con ciertos fantasmas, sin los cuales ya no sabríamos vivir.

Mi cabeza está llena de fantasmas. Los recuerdos están poblados por fantasmas. Miles de fantasmas cayendo en la gota de un instante, ordenando una imagen rota en miles de imágenes diferentes. Llegan puntuales y solitarios como las penas; da lástima abrirles el corazón y dejarles pasar; ver cómo imponen sus sentimientos de amor y de odio; sentir cómo señorean nuestras mentes, nuestras vidas.

Dan lástima, amor mío, esos dos que este invierno trajó
convertidos en fantasmas que callan, o se mienten a la sombra
de un pájaro humilde.

NO TODOS LOS CAMINOS

Mis palabras no dictan un destino, pero tú no irás a Cambridge en el mes que florecen los manzanos.

Mis palabras no son tesoros a guardar; pero tú no irás en pos del extranjero que huye de sí mismo, para luego morir bajo la nevada de diciembre.

Mis palabras no dictan un camino; pero tú, carne de mi perdición, trocaste la espiga por la moneda, la salud por el oropel de esos cuerpos que suscriben sus frívolas leyendas, bajo un invierno que sueña con días soleados y noches de un azul oscuro como pulpa de arándano.

Mis palabras arden en una copa ancha. Bebo vino tinto y camino ebrio bajo el cielo tinto y ebrio de un país imaginario, donde me busco y solo encuentro la piedad de las putas y el disfraz de los desdichados, ardiendo en el festín de los cuerpos perdidos en lugares reservados a la muerte.

En la noche seductora y terrestre, voy hacia lo que abandoné o me abandonó. Me pierdo. Estoy condenado a este camino como al hambre y al sueño. Hay un hombre y una mujer dentro de mi cuerpo, y los dos tan solo dicen la mitad de las visiones, que me torturan haciéndome ver el amor en las formas del odio, los laberintos en el corazón de la rosa.

Estoy condenado a este cuerpo que me obliga al gozo y al sufrimiento, condenado a ganarme la vida cada noche prometiendo el paraíso desde el infierno. Donde termina el sueño empieza la pesadilla, y donde imperan las tinieblas el vivir es coraje derrochado. Soy un acróbata danzando por un aire fugitivo, un extranjero por una ciudad lejana y desconocida, donde nada tiene que ganar ni perder.

Lejos pasan los dioses de manos corruptoras.

LAS MUJERES DEL CONTRABANDO

Las mujeres del contrabando sueñan con la nieve que cae sobre la plaza de San Marcos en Venecia, entre los comedores de mariscos y caracoles, mientras un organillero toca una vieja romanza para la nostalgia.

Yo acababa de llegar de una lejana provincia, pero no estaba preparado para entender las holganzas, ni violar la frontera de los sueños arbitrarios. Traía el mapa de una ciudad que me era ajena, y por donde habían cruzado los corceles negros de la historia para descubrir sus enigmas, sus misterios, sus encantos de ciudad en las transfiguraciones; de ciudad enclavada sobre ruinas.

Yo era feliz en la isla de luces apagadas donde unas mujeres contaban mis lunares, torpes y nerviosas como los dedos de un borracho. Eran las mujeres del traficar con el perfume de sus cuerpos, con sus piernas largas y ligeras que se abrían como las alas de un ángel de Botticelli, redimido de la procacidad universal. Las mujeres se reían de mis poemas, de mis frustraciones de poeta venido de una lejana provincia.

He sido a veces como Lautréamont, un conocedor de su postrera elección de muerte, y me he sosegado como una mujercita en el cementerio de una ciudad que no es la mía. Yo, como Lautréamont, pude amar a una mujer de ligeras piernas; pero no tenía el aire distante de los turistas, que inventa cierta felicidad doméstica lejos de los corceles negros de la historia.

Ah, los corceles marciales y patrios, cruzando sobre los charcos de agua sucia de la isla, donde el caer de la nieve es un sueño irrealizable.

CABALLOS SOBRE ESTANDARTES

Un tropel de caballos trastoca los mapas de la isla. Es tarde en la ciudad y voy hasta el mar. Me derrumbo sobre un muro donde los amantes se cantan las canciones prohibidas, o se prometen cumplir sus promesas de amores imposibles. Sobre la ciudad llueve un diluvio, y es tarde para entonar la canción de los amantes inadvertidos por los hoteles de lujo; para enmendar con hervor a los negociadores de patria.

La isla es un círculo de estandartes rojos sobre los que se escriben con tiza las palabras Amor y Libertad. Pero las aguas son el espantar de los cartógrafos; las aguas borran los senderos trazados en los mapas, los signos hechos con tiza sobre los estandartes rojos, y el privilegio de los dictadores.

Los caballos negros de la historia galopan sobre nuestras cabezas, haciendo saltar en pedazos los sueños como terrones en un campo recién sembrado. Los caballos trastocan los estandartes sobre los muros más altos de la ciudad. Este es un tiempo de caballos salvajes y coléricos, pero la vida no será por siempre

ese acto de cruzar por un aro en llamas y recibir aplausos por nuestra delgadez. Habrá mejores razones para elegir mejores caminos. Este también es el tiempo de caballos que cruzan el mar hasta perderse para siempre en las fronteras de la noche.

Es tarde en la ciudad que amenaza con hundirse en el mar. Los dedos de mi madre son un puñado de arroz sobre los mapas verdinegros. Como un náufrago, cruzo las plazas en busca de quienes amasan la harina para los amantes, de quienes escriben en sus banderas las palabras Amor y Libertad.

Pero es tarde en la ciudad de los altos precios, de los altos muros. Ciudad, ciudad que encona. ¿Quién habló de hundirse?

FLORES BAJO EL AGUA

Voy a entonar mis cantos con el aliento amargo de los náufragos. Cantos presurosos y terribles como el mar donde naufragó mi atormentada adolescencia, rumores de huesos en la arena profunda, el sonoro murmullo de los ahogados.

Tengo la voz penosa y sobria de un cantador de salmos. Sin nombrarme Caronte, soy el remero que ha vivido un infierno en el corazón de su país. Tengo la desgracia de saber que existen dos orillas donde arrojar los crímenes y los sacrificios de la sangre; de saber que ninguna de las dos orillas son firmes y seguras. Como todo hombre, tengo por decadencia los recuerdos de un pasado que duele y entristece, y que nada ni nadie podrá borrar. Lo vivido no podrá ser borrado por el concilio de una paz ganada a fuego limpio, ni por la estela de espuma dejada por mi barca hacia el poniente. El jadeo de las olas desgarró mis nervios, los pesados remos quebraron mis manos. La sangre de los dedos traza un rastro que el agua borra; se hace espuma la sangre en el mar.

Canto para tranquilizar las ondulaciones del agua. Canto para calmar el mareo y los vómitos que me provocan mis acompañantes imaginarios: Los muertos por agua. Canto para que los muertos salgan de una vez y floten en el vestigio de una verdad que conmueva más que sus muertes dolorosamente innecesarias. Otras veces canto para que los muertos nunca aparezcan, para que se entierren más en el fondo y su reinado no se imponga. Canto el destino de mis hermanos tendidos sobre maderos en altos piélagos, remando asidos a tantas ilusiones que no les dejan ver lo corto que es el camino hacia la muerte. Duele verlos partir aferrados a cuantas cosas floten como tablas de salvación que son escudos resplandecientes bajo el sol de una batalla.

¿Quién conoce los increíbles miedos que gravitan en el pasado de un hombre? ¿Quién presagiará nuestros miedos encubiertos como lamentos enmudecidos? ¿Quién por manos tiene alas, no para volar, sino para percutir el aire oloroso, porque no ha podido dejar de cavilar que vamos hacia un vacío consciente?

Presuroso cruzo un mar de lágrimas y despedidas. A lo lejos las gaviotas que he creído ver, como espejos de un metal bruñido, eran espejismos en los celajes; las nubes, nubarrones desdibujando el horizonte. El aire cobraba el rancio perfume que ventila la muerte. Me abrasaba la fiebre de un hambre delirante, el temor de morir sediento rodeado de agua como una isla. Sin embargo, la frescura de la noche recorriendo mi cuerpo era como las caricias de la mujer deseada y distante. Era el sueño, sí, era la parsimonia del sueño que llegaba con la noche para rendir mis brazos fatigados de remar a ciegas. Era el sueño, sí, era el sueño que llegaba para hundirme en sus aguas negras y

rumorosas. Era el sueño, sí, porque tenía más sueño que sed y hambre, y más sueño que ganas de llegar a cualquier sitio. Y me quedé dormido en pleno mar, pero en mi sueño estaba a mitad de un desierto.

¿Era un sueño o una pesadilla? No puedo diferenciar un acto de otro, ni saber cuánto duran, porque su tiempo no corresponde a nuestro orden. Tan solo recuerdo unas imágenes donde me atragantaba con la arena ardiente de un desierto, y luego me puse a beber de un oasis. (Vi a unos pájaros dorados caer desde el fondo del cielo, y escuché el quejido de una puerta de lanzas que se abría o se cerraba en mitad de una tempestad). De pronto, el oasis se volvió un gran coágulo diluyéndose en finísimos hilos de sangre que tejían los caminos perdidos en la memoria. El agua empezó a reflejar el rojo de la vida, y en el fondo arenoso vi un ejército de hormigas transportando brazos y piernas humanas.

En el aire tronaban las voces de mis acompañantes imaginarios: Los muertos por agua. Con las primeras luces el mar furioso clamaba en cada ola, y yo sentía que por mi cuerpo se arrastraba un animal sucio y lacerante, que en mi cabeza por estallar las ideas se trenzaban y se destrenzaban, se retorcían dando vueltas y vueltas, y luego restallaban libres como banderas en medio de una lucha de vida o muerte. Ahora contaba tres los amaneceres que todo mi ser combatía contra las inclemencias del tiempo; pero lo que más desbastaba mis fuerzas y mis pensamientos era el batallar incesante entre si proseguir o regresar a la isla. “No escuches el canto de los marinos que regresan, sino el canto jubiloso de los que parten, dichosos y bienaventurados, porque a ellos se les revelarán los nombres de unos dioses que ignoramos. A ellos se abrirán las puertas de una ciudad esplendorosa, se

les ofrecerán los más exquisitos perfumes, y el corazón de las mujeres que nadie ha conquistado”, me decía, porque tenía miedo de cerrar los ojos y volver a soñar con un ejército de hormigas transportando restos humanos.

Qué lejos estaban los sueños que soñaba cuando la vida tenía el rostro de mi amada y yo cortaba rosas para poner en sus pechos duros y tibios; cuando hacíamos el amor hasta el amanecer y yo escribía versos para cambiar el mundo. Éramos tan ingenuos entonces, que después de entregar la sangre y las palabras, también entregamos las limosnas del sueño. No el sueño inasible e implacable, sino el parcelado en horas de ilusiones y sacrificios, en siglos de vidas y de muertes.

Tú que haces cantar mi sangre desde la otra orilla acuérdate que pesa sobre nuestros cantos el destino incierto y las muertes de muchos hermanos. Pesan sobre nuestros cantos las congojas del proscrito que descubrió que la patria es un instrumento usado para medir el voltaje del odio y del amor, el valor de la sangre y las nostalgias. Pesan sobre nuestros cantos los poetas humillados, que a fuerza de un silencio carcelario terminaron por hacer públicas declaraciones de amor contra sus verdugos. Pesan sobre nuestros cantos los amigos que se marcharon llenos de ilusiones, y no fueron más que carne suficiente para el apetito voraz de los peces.

LA CASA Y LOS SALMOS

Los salmos no sosiegan al conjurado que paga sus favores al precio de la vida. Los salmos no retienen al pasajero que brinda en silencio por un viaje sin destino ni retorno. Un viaje azaroso como escribir sin dolor o arrojar en los ríos botellas con mensajes que nunca llegarán al mar. Si no fuese el hijo medroso de encarar a los postores, y desafiar la envidia de unos cuantos que no le han rendido como a mí: el mundo en un mantel bordado con hilos de plata. El hijo meloso y calculador que se sienta a la hora de la cena, las manos sedosas y perfumadas como las manos de un Mozart que no sabe de dónde sale el arroz humeante, los cerillos y las nostalgias de unos padres que echaron las vísceras para edificar una casa.

Una casa fría y oscura como un calabozo. Con las puertas y ventanas cerradas para evitar la entrada de la luz del sol, las ráfagas de viento y las fieras miradas de los vecinos. Una casa donde la muerte me hablaba al oído con su voz de silencio. Los corredores tapizados con fotos de parientes difuntos, antepasados que nos imponen el hierro de las costumbres.

Hombres y mujeres con niños sentados sobre sus piernas: seres en color sepia, borrosos y carcomidos, con caras de muertos aun cuando aparentan sonreír con sus dientes de oro.

Recuerdo a los niños que desde las paredes sonreían con una obediencia tan enfermiza, que me provocaba náusea de solo imaginar mi vida junto a ellos. Recuerdo al niño solitario que fui, queriendo soñar con un poco de magia que le hiciera crecer de golpe y poder marcharse lejos. Lejos de la casa a medio hacer, de mis padres y sus muertos, que también eran los míos.

A la luz amarilla de una lámpara aprendí el arte de hacerme invisible ante la mirada inquisidora de los otros. Pero pasar inadvertido no era un acto de rendición sino de supervivencia. Así vivía, así soñaba, así pasaba las tribulaciones. Como un animal herido y maltratado buscaba consuelo en el frescor de las sombras, y sosiego en el silencio de la casa. El amor dentro de mí era un río azul claro que fluía hacia una poza de aguas negras. A veces soñaba que era un pez y me escurría por el sumidero del baño hasta la última playa del verano. Quería ser yo, sin ser quien era yo. Quería ser libre y abandonarlo todo: la casa, los padres y los santos difuntos. Pero escapar de tanta zozobra, aun en un sueño, era imposible.

Por las noches cerraba los ojos y me sumergía en el juego de entrar en el sueño, como la emoción de la música entra en nosotros. Entrar en el sueño, no para permanecer en él, sino para escapar al mundo sin saber que el mundo estaba tan lleno de mundos desconocidos entre sí. Y, aunque lo intenté muchas veces, en el momento de despertar, siempre regresaba a una casa fría y oscura como un calabozo.

¿De qué vergüenza me estarían ocultando mis padres? ¿Cuánto deberán reprochar mi infelicidad por sus tantos sacrificios? ¿Cuánto deberán reprochar tanto desdén, tanto resquemor de mi parte?

Los salmos son mi Sino. Los salmos santificaron mi garganta. Salmos que la tristeza musitaba para mí, en el silencio de una casa llena de fantasmas. Salmos que marcaron hondo en mi corazón, como letras grabadas con un hierro candente. Salmos de versos bien trabados, como las piedras del camino que cada noche me inventaba para escapar. Salmos para eludir fianzas mientras existan unos padres que velan por mi aparente candidez, y cuidan de las sedosas manos del niño que no quiere crecer a la sombra de un árbol cuyos frutos son muertos que solo sirven para doler.

Ahora soy el hijo peligroso que unos padres descubren entre risitas que provocan comentarios disidentes. Ahora soy el hijo infeliz que se sienta a la mesa, a la hora en que los vivos y los muertos se reúnen para compartir las carencias del pan y las frustraciones. Ya lo he dicho antes: nada ni nadie podrá salvarme. Ni los salmos a un Dios lleno de enojos y misericordias, ni las palabras de los poetas que enaltecieron mi corazón, ni la doctrina con que pretendieron lavarme el cerebro y doblegar lo indomable de mi espíritu.

Ha pasado el tiempo, con su afán implacable de borrarlo todo. Mas la casa sigue en pie, agregando más horror a mis noches. En cuanto a mí, ha llegado la fecha en que todas las metas se han cumplido y todas las deudas se han pagado. Soy un hombre viejo, y me siento como un pozo que vuelve a ser tierra nuevamente.

En mi espalda pesan las batallas ganadas y perdidas, pero más pesan las que nunca eché por cobarde. Ya no me arrodillo para rezar a un dios que bien podría ser una piedra o un hombre que vino para ser león y fue cordero. Ya nada espero de la vida, sino que la muerte me llegue durante la agonía de una de mis pesadillas. Pero la espera puede resultar una forma de morir tan lenta y aterradora como el desencantamiento.

A veces transito por los corredores y hablo con mis padres. He llegado a escuchar sus voces como si estuviesen vivos, o como si yo estuviese muerto junto a ellos. Me miro en los espejos y no me reconozco. Si no fuese porque todavía me queda el dolor y la vergüenza, llegaría a pensar que soy un fantasma, otro muerto más entre tantos muertos inútiles. Los muertos que me dictan la costumbre de musitar salmos cada atardecer, mientras cruzo las manos sobre el mantel manchado y la cena se enfría en la mesa.

DIBUJO

Sobre la colina una casa pintada entre dos soles. Sabemos que la casa es otro tema: un manchón en el paisaje infantil, estorbo en el camino. Tampoco molestan los soles. Lo que realmente inquieta en el dibujo es el camino que atraviesa a la casa como un estoque. Un camino largo y liso, sin piedras mal trabadas que dificulte el caminar, sin cruces ni troncos dónde sentarnos a descansar bajo una luz incierta. De tan perfecto, el camino nos resulta sospechoso, falso como una moneda romana hecha en molde de forja. Un camino verdadero es aún más que el surco que trazan los hombres y las bestias sobre la tierra. Un camino verdadero es aquel que puede cambiar nuestras vidas, e incluso nuestra elección de muerte. Al final de la travesía uno descubre que el camino no es lineal sino redondo, sin principio ni fin, como el uróboros. “Bebí de una y de otras copas, la vida es única”, se dijo el poeta, mientras pintaba una casa entre dos soles, como dos signos de olvido y soledad.

INSCRIPCIONES SOBRE LOS ESPEJOS

Bajo el sol una lámina de cobre refleja la misma luz que un ya gastado espejo de oro. Bajo el sol los hombres parecen hechos de oro o de cobre, pero, sobre todo, parecen hechos de espejos de torpes imprecisiones, de dobleces, de derechas por izquierdas y viceversa. Les tiendo mis manos desatendidas; les ofrezco una sonrisa verdadera, y me pierdo en la respuesta de un mutismo que roza la muerte y se llama olvido. El olvido es otro espejo donde se miran los que ya no tienen rostros ni nombres. El silencio tiene su precio en oro o en cobre, según sea la moral del hombre bajo el sol, o bajo la mirada divina de Dios. Yo también soy un pan bajado del cielo, pero horneado en los infiernos de la Tierra. Los hombres comen de mi cuerpo y mi cuerpo se reproduce en segundos como por encanto. Beben el agua que destila mis manos, aunque ignoran que soy un río interminable que fluye hacia ellos, un río inmemorial hecho de las sustancias con que están hechos los seres y las cosas que emanan de la tierra. Pintan en mi cara las mil caras donde ocultar los fracasos de sus vidas, y son —sin ironía de mi parte— sus propias caras las que pintan. Soy la cara de todos los hombres reflejándose

en una fina lámina de cobre, que bajo el sol aparenta tener un vago reflejo de luz de oro.

ESCRITO EN UN MURO DE PRISIÓN

Soy una estrella fugaz en tugurios sangrientos. Tuve una colina con árboles azules, desde donde veía caer el ocio sobre un tablero de ajedrez y mis cigarrillos; un páramo desde donde escuché cantar a mi madre, que a ratos sollozaba y volvía a entonar una nana para un niño huérfano. Tuve un balcón para saludar al astro que nos alumbra y quema, un sótano pintado con cal y azulado por voces sin ecos. Hubiera sido rey de reyes si los miedos de serlo no hubieran doblado mi estatura, roto la espada, y mi pesada corona echado a rodar. Todos mienten y pasan sobre mí. Yo miento y pasan sobre mí, cual caballos que huyen de un campo de batalla. He sido la mano que cae a golpe de guillotina, y la otra mano, a través de la que se viaja por una ciudad perdida en la memoria. De qué han valido mis pocos aciertos, o mis tantos errores, si al final sé que voy a morir entre cuatro paredes mugrientas, una cama de piedra y una alta ventana con barrotes, hasta donde no llega la ebriedad de la música del mar. Desde aquí, el horizonte semeja el filo de una navaja, la cuerda tensa del suicida, un sol canicular al fondo de un monte de eucaliptos. Sé también que la poesía es una despedida,

mar de plumas manchadas de sangre, otra cárcel secreta: entre sus rejas los hombres multan sueños por falsas, palabras por silencio. ¡Ah, los sueños, las falsas! Hay que aventar la paja de la espiga; escoger bien la semilla para fundar el árbol, y alrededor del árbol, una ciudad con un nombre sencillo como las flores que crecen silvestres en la sierra; un sueño fundaremos para peinar sus trenzas y acunarlo en soledad como a un muñeco. Pues, ¿qué son los sueños, sino muñecos? ¿Qué son los hombres, sino sus sueños? A veces, me he sentado a escribir versos que la tristeza me dicta. Poemas de amor para los presos sin novias, para las madres sin sus hijos en el Día de las Madres. No soy aquel que todos ven como un poeta, pues, de serlo, no esconderían mis desasosiegos como pequeños cadáveres que retoñan en el huerto de prisión. En las noches, sueño que camino libre por un bosque bajo una lluvia de hojas color otoño; bajo un foco que se finge luna en un teatro de sombras; bajo la lámpara que sostiene una mujer deseada con locura, pero nunca amada. Despierto sobresaltado y me digo: Necesitas creer en la palabra de un amigo. Necesitas una mano donde asirte en los momentos de dolor y de angustias. Debes hacer de tu cuerpo un templo abierto, una divisa, una dádiva.

SUEÑO DE UNA NOCHE

Imagínate que sueñas que eres dos personajes en un mismo sueño: un caballo de carrera y un nadador de largas distancias. En el sueño, un comprador ha pagado por el caballo que eres el precio de un imperio. En el sueño, el nadador brucea de una isla a otra isla dentro de una jaula. Los dos que eres se alimentan de un mismo sueño, pobre como un nido de araña, y de doble ración de coraje y estupefacientes, bien entrada la tarde cuando un semicírculo solar aparece sobre la línea horizontal del sueño. Imagínate que la jaula donde viajas está rodeada por peces con voracidad de hombres, y por miles de barcos con camarotes de primera por donde asoman turistas; también emigrantes sin salvavidas ni supervivencias (como son y siempre han sido, los barcos en la mar del sueño de un pobre). Imagínate que al caballo que eres, durante la travesía, el comprador manda a azotar con cadenas, para vitalizar su condición de purasangre. Imagínate que al nadador que eres la jaula se le rompe en medio de un desierto de arenas movedizas. Imagínate que al despertar del sueño no sabes si eres un caballo con el precio de un trono de oro y sangre, o un nadador bogando dentro de una jaula sin

amparo. Imagínate que al despertar en la noche irreal de la ciudad real descubres que existe en ti un tercer desconocido: Yo.

EL ALUCINADO

El alucinado escribía mi nombre en los cielos de la infamia, en los juegos de naipes, en los manteles de papel y en el único cine del pueblo. Mi nombre tatuado en sangre era una contraseña para saberse tocado por la locura, un sello lacerante sobre el corazón de un niño.

El alucinado tiene un tigre preso dentro de sí mismo. Con sus ojos de tigre recorre hambriento las estancias donde el hombre no cuida del fuego; con su boca de tigre come de los desperdicios que a su paso la muerte va dejando. Yo también tuve un tigre preso a mi sombra, que me hizo padecer muertes ajenas como propias.

He aquí un hombre con su desolación de tigre y una venganza a flor de labios contra el mundo. No por azar el alucinado ha escrito mi nombre en los cielos de la infamia y en las lunetas del único cine del pueblo. Quieren silenciarme para justificar sus temores; quieren que muera sin la dignidad de las palabras; quieren penetrar en las entrañas del tigre que soy: sacar la suficiente sangre para pintar los altos muros.

He aquí un hombre, simplemente un hombre que nunca ha sido dueño de sus sueños, ni del fuego de los sueños de sus hijos; lamentable manera para descubrir que los sueños son también la patria de un hombre. He aquí un hombre sin patria y sin sueños; lamentable manera para descubrir que ha dejado de ser un hombre.

En la casa del hechizado perfumé mis pies para proseguir de viaje. Dije: Exilio, y me fueron cerradas algunas puertas. Luego dije: Patria, frente a los sermones de un hermano que mostraba su versión de prosperidad de un país que no era el mío. He visto a un hombre detenerse a la orilla del mar y llorar por otros que alguna vez lo negaron. Yo me he visto llorar y me avergüenzo de mí mismo; me compadezco de los que huyen y luego regresan para reclamar sus premios.

El alucinado no ha podido evitar las cotidianas traiciones en que vivimos, ni los miedos que se convocan detrás de unos labios que no se mueven, detrás de unos ojos que no se abren porque están ciegos de tantos ultrajes. Los que vivíamos en un pueblo con un solo cine éramos simples como una sortija de compromiso, y límpidos como un espejito de plata. Éramos tan castos y provincianos, que fue la ciudad —ese animal con millares de bocas de un hambre infinita— quien nos precisó a mostrar nuestras máscaras ante un auditorio de silenciosos corderos.

Nadie busca sosiego en lo que atribulado escribo. Nadie espera mi nombre en los periódicos de la emigración; y sin embargo, en cada palabra que dije me jugué la vida. Cada silencio me otorgó un peligro, una condena. He echado mi existir al fuego de ser un hombre honrado. Siempre jugué limpio con otros

hombres que jugaban con cartas marcadas, gracias a ello me hice fuerte y sabio.

He visto mi nombre escrito en los cielos de la infamia, como se escriben en mayúsculas los nombres en el listado de los mártires de la patria. He llorado por el que pinta con mi sangre los muros que dividen a los hombres. He llorado por ti, mi amada y poseída, porque sé que has derramado lágrimas por mi causa. He llorado por el hermano con dos caras reclamando sus laureles en el banquete de los contrarios.

LOS HERMANOS

En cada estancia hay un hermano que parte y otro que padece la ausencia. Lejos está la casa, el pan y la lumbre para quien estuvo ausente y ahora tiene que inventarse un camino de regreso. Ahora el ausente debe improvisar una historia de grandes acontecimientos, donde vindicar que toda aversión no fue en vano; que valió la pena envejecer por las premisas del viaje y los ásperos oficios en los campos extranjeros. En la adversidad del camino está la gloria del viajero. Todo viajero tiene que pretender de un camino como muestra de provecho y de sabiduría. Un camino escogido por uno mismo, donde sea convincente volver a tomarlo y caminar por él toda una vida. ¿Acaso estamos preparados para morir con dignidad en el camino? ¿Quién es el otro que siempre está del lado opuesto, sin dejar de estar en ti mismo? Hay un camino de usanza, y otro camino que nos conduce a los mundos insospechados. Hay un hermano que al partir entierra su corazón en la arena y se aleja de las costas donde las palmas se confunden con un abanico de manos diciendo adiós. No sabe cuánto amor o desdicha le

acecha, ni qué importancia tiene perder lo que abandona. A lo lejos, las luces de la isla parpadean como velas ensartadas en botellas. En las artimañas de la noche marina las estrellas muestran el cielo más abierto, como un mapa bordado con señales de prodigios y desastres. Entonces el hermano que parte cantará a la extrañeza de los paisajes que le esperan, y a los hombres que por su lado pasan recelosos. En cada estancia hay un hermano que padece la ausencia de otro hermano, que a ratos ironiza con sus privaciones para no morir entre las debilidades y los recuerdos. Están las profecías hechas por la frugalidad del viajero; pero, también lo sentenciado por la disciplina o por el miedo del que nunca tuvo valor para marcharse. Nos queda lo vivido a pesar de los pesares, y lo que nos queda por vivir entre el asombro y la estupidez. Nos quedan muchos caminos por recorrer: caminos andados y caminos desandados, caminos con y sin destinos, caminos de piedras, de polvo, de agua o de aire; y aún puede ser que entre tantos caminos ninguno sea el camino que nos conduce de regreso.

TABLA DE SALVACIÓN

Mi amada y poseída, tu nombre es un perfume nocturno, una caligrafía borrada por el salitre y la desmemoria. Yo solo puedo ofrecerte mi fe en el camino, y este corazón lleno de miedos. Los miedos con que a diario vivo me protegen, como a un hombre prudente le protege mostrar ignorancia ante el peligro. Pero yo no soy un hombre prudente, sino un cobarde con miedo a no justificar la impiedad de sus pensamientos ocultos en cada uno de sus actos. Tengo miedo de que mi camino no sea el camino de quienes marchan junto a mí. Tengo miedo de que mis sueños sean estas visiones que me atormentan; de que mi cuerpo tenga que envejecer hasta dejar de ser carne encendida por el deseo; de no descubrir lo humano del poema y lo divino de la poesía; de no tener los ojos más limpios que el cuerpo, y el alma más limpia que estos ojos (de perro soñador) que contemplan aún con asombro al sol iluminando una ciudad por derrumbarse, y en las noches los borbotones de estrellas que manan del firmamento, como la sangre mana de una herida abierta, incontrolable.

Mi amada y poseída, no me llores ni me entierres en tu corazón transido, cansado ya de tantos sacrificios inútiles. Haz que mi hambre te alimente el empeño, que mi fe te arrope a la hora en que aparecen las dudas, que mi camino se ciña a tus pies como un grillete. Sé que hay un sitio esperando por nosotros, una estancia donde poner a alumbrar los pensamientos. Gozo del pavor y soy carne de un destierro que no existe: arquetipo del masoquista que canta su dolor hasta caer en desoído. Dudo que mañana alguien tomará mis palabras como caminos a seguir, como salmos que les reconforten en las penurias de sus noches. Pero hoy estas palabras que escribo son todos mis salmos y todos mis caminos. Salmo y caminos de estos días en que nos hacemos cómplices de traidores, y olvidamos las ganas de dar los zarpazos que nos deben. Les muestro mi hambre y mis ojos de perro. Todos me huyen, pero sé que no tienen miedo de mí, sino asco de lo que en mí descubren de ellos.

Mi amada y poseída, me gustaría que un silencio feraz nos envolviera lejos del barullo, que mis ojos de perro se trocaran en lamparillas encendidas, que su luz fuese un resplandor más allá de las copas narcotizadas con palabras. Mi amada y yo somos tan reales como tú: lector que me sumas a tu patrimonio de solitario. Sean tus ojos mis ojos cuando me lees y rememoras, o cuando me maldices y arrojas al brasero la página que torpemente escribo en silencio. Tus manos se empecinan en germinar en mí las flores más siniestras, para que mi carne se confunda con la carne de los muertos, para que me pierda por una encrucijada donde mi olvido se pierde dentro de otro olvido, y mi soledad dentro de siete círculos de hielo. No pienso en mi muerte, tan fácil y burda, sino en el largo viaje que pudiera ser mi vida. Pienso que en vez de muerto, estoy a mitad de un viaje que nunca acabará,

porque detrás del horizonte me espera otro, y luego otros lejanos horizontes. Sé que estoy envejeciendo en esta aventura que va de un lecho apagado hasta una mesita encendida, donde una página en blanco me aguarda para ponerme a remolinar en mis pasiones y recuerdos. Soy un hombre destinado a equilibrar el paso de los años y el peso de los escombros de una vida. Duele ser como somos. Pero más duele fingir que somos quienes no creemos. Hoy debería leer un pasaje que me conmueva antes de meterme en la cama; debería renunciar al sometimiento de placeres inconfesables, o creer en el amor de una mujer que por amor se ha marchado para siempre. Hoy debería callarme, o al menos no mostrar, sin vergüenza, mis miserias de poeta; de náufrago descreído de una tabla de salvación.

FINAL

Más allá de este poema renacerá la isla. Renacerá de la luz escrita y sonora. Renacerá de la sangre que mana de las heridas del amor. Renacerá en el lugar que son todos los lugares, y en donde Dios es uno y es todo para quien esté solo. Renacerá sin fronteras para los dones y la muerte, sin espacio para el dolor de ser, ni tiempo para el miedo de estar. Renacerá la isla de nuestra conmovedora pobreza, de nuestro orgullo e ignorancia de existir. Renacerá por siempre dentro de nosotros, para que podamos mañana reencarnarnos en ella, con un solo cuerpo y una sola alma.

Fotografía: Kristine Hohansen



Juan Manuel López nació en Sancti Spíritus, Cuba, en 1967. Tiene publicados los libros *Los cielos mentidos* (Premio Pinos Nuevos, 1996), *Otros milagros del ser* (1998), *El libro de K* (2000), *De estas miserias hemos aprendido* (2008), *El cautivo y la claridad* (Premio Poeta Bento, 2010) y *Nos queda el silencio* (2016).

Ha obtenido numerosos reconocimientos, entre los que destacan los premios Eliseo Diego, América Bobia, Reina de Mar Editores, Alcaraván, Rafael Morales, Carolina Coronado, Gabriel y Galán, Santa Rita de Cardosu, Emeterio Gutiérrez Albelo y el Dulce María Loynaz, con el libro *Los materiales del cielo*, de próxima aparición por Neo Club Ediciones en Estados Unidos. Reside desde hace más de veinte años en Copenhague, Dinamarca.

El libro del horizonte es una obra en tres tiempos, en la que se teje una estructura sólida entre el fluir del lenguaje y de la existencia. El autor hace un periplo a través de la memoria, penetra en recovecos intransitables, colmando los versos con imágenes reveladoras y conservando siempre una cadencia. Nostalgias, silencios, ausencias y soledad bosquejan caminos inciertos y un anhelado renacer.

Silvia Pratt

Detenido frente a la trampa del infinito, el poeta ve su vida, traza puentes sobre el mar y los cruza. El camino es entonces un misterio, ¿pero acaso no lo es siempre? Juan Manuel López bosqueja ese otro mundo con palabras afiladas que duelen y alivian al mismo tiempo. *El libro del horizonte* es el mapa de ese viaje.

Odette Alonso

El libro del horizonte es atravesado por un sujeto poético que mira la realidad más inmediata y se detiene en ella para dar cuenta de aquello que aparentemente pasa inadvertido. El lector se encontrará con una serie de poemas en prosa que abordan distintos paisajes y momentos de la vida de quien enuncia. Estamos frente a un libro que alumbra lo aparentemente trivial y le otorga una dimensión mayor a lo que ya de por sí se manifiesta y despliega en la vida.

Eva Castañeda



SDC